

## La construcción social de la vejez

Susana KEHL WIEBEL\*  
J. Manuel FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ\*\*

### Resumen

*El objetivo de este artículo es analizar algunos de los principales procesos y mecanismos mediante los cuales se ha construido socialmente la vejez como una etapa del ciclo de la vida humana. Para ello nos hemos basado en un amplio espectro de literatura sociológica disponible sobre el tema, especialmente en lengua inglesa. Hemos estructurado el trabajo en cuatro partes. Comenzamos constatando, a partir de los datos proporcionados por Eurostat, las dimensiones actuales y las proyecciones para los próximos cincuenta años del envejecimiento de la población en la Unión Europea. Luego realizamos una deconstrucción del concepto de vejez, mostrando la relatividad de los criterios empleados en la sociedad contemporánea para establecer la frontera que separa la vejez de la edad adulta y la diferenciación social de las personas que se incluyen en esa categoría de edad. En la tercera parte analizamos el origen y evolución sociohistórica de las imágenes de la vejez. Finalmente, presentamos algunas de las principales teorías e investigaciones sociológicas sobre la vejez que ilustran diferentes aspectos importantes de su construcción social.*

### Abstract

*The aim of this article is to provide insight into some of the main processes and mechanisms involved in the social construction of old age as a stage of human life cycle. Arguments are based on a wide range of recent sociological literature, available mostly in English language. We have structured our work in four parts. Starting from Eurostat's figures, we make estimate on the present dimensions and the projections for the next fifty years about population ageing in the European Union. Then we carry out a deconstruction on the ageing concept by showing the relativity of the criteria used by the contemporary society to demarcate the boundaries between mature age and old age and the societal differentiation within this category of age. Third, we make a succinct analysis of the origin and sociohistoric evolution of the ageing images. Finally, we introduce some of the main sociological theories and researches which illustrate a variety of important aspects about old age social construction.*

**E**l acelerado envejecimiento de la población es uno de los hechos sociales más importantes y con implicaciones de más largo alcance de las sociedades postindustriales en este comienzo del siglo XXI. Aunque de un modo incipiente, también en la mayoría de los países en vías de industrialización se percibe la tendencia al enve-

jecimiento, en la que confluyen los tres factores siguientes: una proporción creciente de población de más de 65 años, un aumento en números absolutos de las personas ancianas y el aumento de la esperanza de vida al nacer. El interés creciente por este tema quedó patente en 1993, el Año Europeo de la Tercera Edad, evento que suscitó en los

\* Profesora Asociada de Sociología. E.U. Trabajo Social. U.C.M.

\*\* Catedrático de Sociología. E.U. Trabajo Social. U.C.M.

Estados miembros de la Unión Europea un interés renovado por el rol social y la calidad de vida de los ciudadanos más viejos de la Unión (Pacolet, 1999: 17). En los últimos años, a medida que el fenómeno del envejecimiento se ha ido haciendo más visible, ha habido un *boom* de investigaciones empíricas, estudios y publicaciones multidisciplinares sobre el tema (Comisión Económica de las Naciones Unidas para Europa, 1998; Baltes, 1997).

El envejecimiento de la población no es un mero producto del devenir biológico de la naturaleza humana sino también un hecho construido socialmente. En este artículo nos proponemos señalar algunos de los mecanismos micro y macrosociales que subyacen a esa construcción, la cual se nos presenta, a su vez, como una realidad objetiva que contribuye dialécticamente a configurar la experiencia subjetiva de la vejez. Hemos estructurado el artículo en cuatro partes. En primer lugar mostraremos la dimensión demográfica del envejecimiento de la población en los países de la Unión Europea, luego analizaremos algunos de los principales mecanismos mediante los cuales se construye socialmente la vejez como una etapa del ciclo de la vida, la evolución de las imágenes sobre la vejez y las diversas teorías sociológicas sobre el tema. Explorar la vejez como una construcción social no es, en nuestra opinión, un ejercicio intelectual estéril, sino un punto de partida necesario para cualquier respuesta práctica a las cuestiones que plantea esta etapa de la vida que quiera romper con los determinismos simplificadores y desem-

ñar un papel emancipador (Niegel, 1996; Victor, 1987).

### ***Las dimensiones del envejecimiento de la población en la Unión Europea***

El actual envejecimiento de la población es, en gran parte, el resultado de un éxito indiscutible de las sociedades industriales en la mejora de las condiciones materiales de vida de muchos seres humanos. Como se afirma en un informe reciente de Eurostat: "El aumento de la longevidad en el transcurso de los últimos cincuenta años refleja los niveles de vida alcanzados en los países de la Unión Europea. En nuestros días, y por vez primera en nuestra historia, la coexistencia de cuatro generaciones en el seno de una misma familia ha dejado de ser excepcional" (Eurostat, 1998: 27). La aproximación demográfica a la vejez se centra en torno al aumento del número de ancianos en relación con otros segmentos de la población. Las piedras angulares de este análisis son las tasas de fertilidad, las tasas de mortalidad y el tamaño de las migraciones internacionales.

El aumento de la esperanza de vida en los países de la Unión Europea ha sido constante a lo largo del siglo XX. En el transcurso de los últimos cincuenta años, la esperanza de vida de los hombres y de las mujeres de la Unión se ha prolongado en torno a diez años de media. En 1996, la esperanza media de vida en el conjunto de los países de la UE era de 74,0 años entre los hombres y 80,5 años entre las mujeres. Aunque a ritmos diferentes, la

esperanza de vida se ha prolongado en toda la Unión (Eurostat, 1998: 36).

Progresivamente, la mortalidad se fue convirtiendo en un factor importante del envejecimiento de la población a lo largo del siglo XX, aunque sus efectos no se hacen sentir más que a partir de los años setenta. Antes de esa fecha, las tasas de mortalidad habían disminuido de modo significativo entre los más jóvenes, pero a partir de entonces la baja de la mortalidad concierne cada vez más a las personas mayores.

En las tres últimas décadas el descenso de la mortalidad ha estado acompañado por una caída importante de la fecundidad, muy por debajo de la tasa neta de reproducción que los demógrafos sitúan en una media de 2,1 hijos por mujer en período fértil. Países con tasas de fecundidad muy elevadas hasta hace un par de décadas, como España e Italia se han situado en los últimos años a la cola del mundo, con tasas que al comienzo del siglo XXI se sitúan en torno a 1,3 hijos por mujer. El resultado es un incremento considerable de la proporción de ancianos en todos los países de la Unión, aunque a un ritmo y con grados variables. En otros términos, la población ha dejado de crecer en muchas regiones europeas y el fenómeno tiende a generalizarse en la mayoría de ellas.

### **Las dimensiones actuales del envejecimiento de la población**

La pirámide de edades es bastante uniforme en los diferentes países de la Unión. Aproximadamente el 23 por ciento de la población de cada Estado

miembro tienen menos de 20 años, excepto Irlanda donde el porcentaje era de 33 por ciento en 1997. Las personas de más de 60 años representaban en esa fecha al menos el 18 por ciento de la población en todos los países, con la excepción de Irlanda (15%); en el caso de España la cifra superaba ya el 20 por ciento. Para nuestro tema resulta más interesante observar la evolución del porcentaje de las personas de 65 años y más agrupándolos en dos categorías de edad: 1ª) de 65 a 79 años, grupo de edad al que en 1988 pertenecía el 12 por ciento de la población total de la Unión Europea, como puede apreciarse en el Cuadro 1, y 2ª) más de 80 años. Este segundo grupo de edad, lo que algunos han comenzado a llamar "los viejos más viejos", supone ya casi el 4 por ciento de la población total de la Unión, como puede apreciarse en el Cuadro 2.

### **Aceleración del envejecimiento**

Conforme al escenario demográfico de referencia de Eurostat que se muestra en el Cuadro 3, la población de la UE debería estancarse y después disminuir a partir del 2020. El envejecimiento de la población se acelerará en los próximos años. Las personas mayores (60 años y más) representaban el 17 por ciento de la población en 1960. Esta proporción pasó al 21 por ciento en 1997 y podría alcanzar el 30 por ciento en el 2030. Esta aceleración del envejecimiento de la población se explica esencialmente por el retroceso de la fecundidad (Eurostat, 1998: 27). En este contexto el excedente migratorio ha adquirido importancia,

**CUADRO 1**  
**Población de 65 a 79 años como % de la población total de la UE**

	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
Unión Europea-15	11	11	11	11	11	11	11	12	12	12	12
Bélgica	11	11	11	12	12	12	12	12	12	13	13
Dinamarca	12	12	12	12	12	12	12	11	11	11	11
Alemania	11	11	11	11	11	11	11	11	12	12	12
Grecia	11	11	11	11	11	11	12	12	12	13	13
España	10	10	11	11	11	11	12	12	12	12	13
Francia	10	10	10	10	11	11	11	11	11	12	12
Irlanda	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9
Italia	11	11	12	12	12	12	12	12	13	13	13
Luxemburgo	11	11	10	10	10	10	11	11	11	11	11
Holanda	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10
Austria	11	11	11	11	11	11	11	11	11	12	12
Portugal	10	11	11	11	11	11	12	12	12	12	12
Finlandia	10	11	11	11	11	11	11	11	11	11	11
Suecia	14	14	14	14	13	13	13	13	13	13	13
Reino Unido	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12

*Fuente: Eurostat, Yearbook 2000, Luxemburgo, 2000.*

pues con él se compensa, aunque en una medida muy insuficiente, la disminución natural que ya se observa en ciertos países de la UE y que es previsible en la mayoría de los otros.

El crecimiento anual de la población mayor (60 años y más) es actualmente del 1% aproximadamente, lo que supone que cada año hay 800.000

ciudadanos más de la Unión dentro de ese grupo de edad. Esta tasa de crecimiento deberá mantenerse hasta el 2005. Sin embargo, desde el momento en que los *bay-boomers*, personas nacidas inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, comienzan a entrar en este grupo de edad, su crecimiento anual se situará en torno

**CUADRO 2**  
**Población de 80 años y más como % de la población total de la Unión Europea**

	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998
Unión Europea-15	3,2	3,3	3,4	3,5	3,6	3,7	3,8	3,9	3,9	3,8	3,7
Bélgica	3,3	3,4	3,5	3,5	3,5	3,7	3,7	3,8	3,8	3,7	3,6
Dinamarca	3,5	3,6	3,7	3,7	3,8	3,9	3,9	3,9	3,9	3,9	3,9
Alemania	3,5	3,6	3,7	3,8	3,8	3,9	4,0	4,1	4,0	3,9	3,7
Grecia	2,8	2,9	3,0	3,1	3,2	3,3	3,4	3,4	3,5	3,5	3,5
España	2,6	2,7	2,8	3,0	3,0	3,1	3,2	3,3	3,4	3,4	3,5
Francia	3,5	3,6	3,7	3,8	3,9	4,0	4,1	4,2	4,1	3,9	3,7
Irlanda	2,0	2,1	2,1	2,2	2,3	2,4	2,4	2,5	2,5	2,5	2,5
Italia	2,8	3,0	3,1	3,3	3,5	3,7	3,9	4,0	4,1	4,1	4,0
Luxemburgo	2,8	2,9	3,1	3,1	3,2	3,3	3,3	3,4	3,4	3,3	3,2
Holanda	2,8	2,8	2,9	2,9	2,9	3,0	3,0	3,1	3,1	3,1	3,2
Austria	3,4	3,5	3,5	3,6	3,7	3,7	3,8	3,9	3,8	3,7	3,5
Portugal	2,2	2,3	2,5	2,6	2,7	2,7	2,8	2,8	2,8	2,8	2,8
Finlandia	2,6	2,7	2,8	2,9	3,0	3,1	3,1	3,2	3,2	3,2	3,3
Suecia	4,0	4,1	4,2	4,3	4,4	4,5	4,5	4,6	4,7	4,8	4,8
Reino Unido	3,4	3,5	3,6	3,7	3,8	3,9	3,9	4,0	4,0	4,0	4,0

*Fuente: Eurostat, Yearbook 2000, Luxemburgo, 2000.*

a 1,1 millón de personas. Esta situación se prolongará hasta que las generación del *baby-bust*, menos numerosas y nacidas al comienzo de los años setenta, alcancen la edad de sesenta años.

Así pues, la proporción de personas mayores dentro de la población total de los países que actualmente con-

figuran la Unión Europea aumentará considerablemente en las próximas décadas: hacia mediados del siglo XXI, su proporción podría alcanzar un tercio de la población total. De acuerdo con estas proyecciones, España e Italia serán los países más "viejos" con escenarios que indican que los mayores de 60 años podrían representar el

**CUADRO 3**  
**Proyección de la evolución de la población mayor (60 años y más)**  
**en la Unión Europea de 1995-2050**

	1995	Escenarios de 2000			Escenario de 2020			Escenarios de 2050		
	Observ.	Joven	Ref.	Viejo	Joven	Ref.	Viejo	Joven	Ref.	Viejo
UE-15	20,6	21,2	21,5	21,8	25	27	29	27	34	40
Bélgica	21,3	21,6	21,8	22,1	25	28	30	26	32	38
Dinamarca	19,9	19,4	19,6	19,9	23	26	28	23	29	36
Alemania	20,7	22,2	22,6	22,9	25	28	30	27	34	41
Grecia	21,5	22,7	22,9	23,2	25	27	29	28	33	41
España	20,6	21,2	21,5	21,8	24	26	28	30	37	44
Francia	20,0	20,2	20,5	20,7	25	27	29	26	33	38
Irlanda	15,3	15,3	15,6	15,8	19	22	24	25	32	39
Italia	22,2	23,4	23,8	24,0	27	29	32	30	37	44
Luxemburgo	19,1	18,9	19,2	19,6	22	25	28	23	29	36
Holanda	17,7	18,0	18,2	18,5	24	26	29	25	30	37
Austria	19,8	19,8	20,1	20,4	23	26	28	26	33	40
Portugal	19,8	20,3	20,6	20,9	22	24	26	25	31	38
Finlandia	18,9	19,5	19,7	19,8	26	28	30	25	31	36
Suecia	22,1	21,5	21,9	22,2	25	27	29	24	29	36
Reino Unido	20,5	20,2	20,5	20,7	23	26	27	25	32	37

Fuente: Eurostat, *Portrait Social de l'Europe*, Luxemburgo, 1998, p., 42, cuadro 4.

Nota: Los escenarios de la población a largo plazo se fundan sobre hipótesis en cuestión de fecundidad, de esperanza de vida y de emigración. Escenario base: proyección mediana para cada factor. Escenario de población joven: proyección alta para la fecundidad y la migración, y baja para la esperanza de vida. Escenario de población vieja: proyección alta para la esperanza de vida, y baja para la fecundidad y la migración.

37 por ciento de las poblaciones en cada uno de estos países en el 2050.

La proporción de mayores de ochenta años entre las personas mayores (*más de sesenta*) aumentará de modo casi continuo después del cambio de siglo. En concreto después del 2025, cuando los *bay-boomers* alcancen la edad de ochenta años, el número de personas mayores aumentará de modo espectacular. En el 2050, su proporción en el conjunto de la población mayor podría ser superior a un tercio (Eurostat, 1998: 43). Las regiones con una gran proporción de personas mayores se hallarán en el centro y sur de Francia, en la península Ibérica, en Italia, en Suecia y en el sudoeste de Inglaterra y el país de Gales

#### **Aumento sensible de las personas a cargo de otras**

El envejecimiento de la población hará aumentar la tasa de dependencia (*personas a cargo de otras/activos potenciales*) en las próximas décadas. Este aumento se repartirá de modo desigual entre los Estados miembros en el curso de los próximos veinticinco años. De acuerdo con la proyección de base de Eurostat, Italia y España presentarán en el 2050 las tasas de dependencia más elevadas de la Unión Europea, como puede apreciarse en el siguiente Cuadro.

En síntesis, la proporción de gente mayor de 65 años en la Unión Europea se ha duplicado en la segunda mitad del siglo XX, mientras que el porcentaje de mayores de 75 años se ha triplicado. Esto ha llevado a algunos comentaristas a hablar de “desastre

demográfico”, o a referirse a una “bomba de relojería demográfica”. Estos conceptos anticipan un punto en el futuro próximo de grave desequilibrio demográfico entre los grupos de edad que puede tener profundos efectos en los diferentes aspectos de la organización social. Las principales conclusiones de los numerosos estudios que se han realizado en los últimos años sobre el impacto del envejecimiento de la población en las pensiones y la atención sanitaria son relativamente similares, a pesar de la diversidad de regímenes de protección social en los Estados miembros. Los problemas se plantearán con una agudeza especial en torno al año 2010 cuando las generaciones del *bay-boom* alcancen la jubilación (Eurostat, 1998: 50; Pacolet, 1998).

#### **Límites de la perspectiva demográfica**

La perspectiva demográfica es necesaria, pero resulta insuficiente para interpretar el envejecimiento de la población. La idea de crisis no se deriva sólo de las predicciones estadísticas sino también, y al mismo tiempo, de percepciones concretas de la vejez como parte de la experiencia humana, de supuestos concretos y estereotipos sobre la adaptabilidad al cambio, la capacidad de desarrollar nuevas habilidades o la posibilidad de hacer una contribución activa a la sociedad. Pero, como han observado algunos autores, sería más correcto considerar estos elementos como características generacionales o de cohorte que como consecuencias inevitables de la

**CUADRO 4**  
**Tasas de dependencia en el horizonte del año 2050**

	1995	Escenarios de 2000			Escenario de 2020			Escenarios de 2050		
	Observ.	Joven	Ref.	Viejo	Joven	Ref.	Viejo	Joven	Ref.	Viejo
UE-1	80,2	80,3	80,5	80,9	90	91	93	125	113	103
Bélgica	83,1	83,0	83,5	83,6	94	96	96	121	111	102
Dinamarca	76,9	76,1	76,7	77,0	90	91	92	111	101	93
Alemania	73,1	78,8	79,0	79,3	88	87	89	123	110	100
Grecia	85,0	82,5	83,1	83,1	91	94	94	127	114	106
España	83,9	76,5	76,7	77,2	84	86	89	138	121	110
Francia	85,7	84,6	84,7	85,4	94	97	101	124	116	108
Irlanda	96,9	87,0	87,0	86,8	87	88	91	128	114	105
Italia	77,7	77,6	77,9	78,3	90	92	94	136	119	107
Luxemburgo	75,1	78,5	78,7	79,0	88	88	88	113	102	93
Holanda	72,6	73,5	74,1	74,1	90	91	91	118	106	99
Austria	75,6	75,7	76,1	76,3	84	84	87	123	107	98
Portugal	85,1	79,0	79,2	79,3	84	86	87	119	108	99
Finlandia	79,8	79,9	80,3	80,8	100	101	104	117	109	102
Suecia	87,7	87,1	87,4	87,5	96	98	99	114	105	99
Reino Unido	84,6	84,5	84,6	85,0	89	90	93	119	110	105

*Fuente: Eurostat, op. cit., 1998, p. 42, cuadro 5.*

edad per se (Jouvenal, 1988; Evers y Oak, 1991; Johnson y Falkingham, 1992).

El concepto de población "envejecida" es relacional, hace referencia a la estructura de edad de la sociedad como un todo y no a un segmento aisladamente. Proporcionalmente nacen

menos niños y al mismo tiempo hay más gente que vive más años, lo que parecería confirmar la idea de "crisis demográfica". Pero aunque sea cierto que en los próximos años disminuya el porcentaje de adultos económicamente activos, quienes se limitan a este dato para hablar de "bomba de re-

lojería" no tienen en cuenta que también habrá menos gente joven dependiente y que la definición de vejez es una construcción social que puede variar. Por ejemplo, el descenso de la fertilidad puede llevar a una revisión de la edad de jubilación, que no deja de ser una construcción sociopolítica, a fin de compensar la disminución de la población joven económicamente activa. Además, el concepto actual de "crisis" no tiene en cuenta otros cambios potenciales en las estructuras económicas y en los patrones de trabajo como aquellos que surgen de desarrollos tecnológicos o de cambios en la estructura de género del mercado de trabajo (Jouvenal, 1988:40; Coleman y Bond, 1990:5).

El envejecimiento de la población no es sólo una cuestión demográfica; es también el resultado de un modo concreto de interactuar económica, política y culturalmente todos los grupos de edad. El concepto de "crisis" lo que pone de manifiesto es tanto la necesidad como la debilidad de la aproximación demográfica al envejecimiento. Sería absurdo restarle importancia a la posibilidad de delimitar cuidadosamente la dimensión del envejecimiento o su relación con otros aspectos de la sociedad. Pero tampoco se puede olvidar que el significado de las cifras es cuestión de interpretación y para comprender su sentido se requiere una teoría social que haga explícitos sus supuestos. En este sentido, la aproximación demográfica es una base necesaria pero no suficiente para el desarrollo de una gerontología social, no puede explicar el cambio que se está produciendo pero es esen-

cial para describir sus complejidades (Tinker, 1981; Hugman, 1994).

## **La vejez, un término para situaciones muy diversas**

### **Delimitación de la frontera entre la edad madura y la vejez**

La frontera entre la edad madura y la tercera edad es una cuestión de definición social. El criterio demográfico prevaleciente en la actualidad por el que se incluye en la tercera edad a toda persona de 65 años o más, "cualquiera que sea su situación actual en términos de actividad profesional o estado de salud" (Jouvenal, 1988:16), no deja de ser una medida relativamente arbitraria, relacionado con el hecho de que en las sociedades industrializadas al alcanzar esa edad las personas que desempeñan alguna actividad profesional tienen derecho a algún tipo de pensión (Johnson y Kalkinghan, 1992).

En lugar de la edad habitual de jubilación como criterio general para establecer el inicio de la tercera edad, podría fijarse otra medida estándar comparativa, como la conocida correlación entre el aumento de la edad y la incidencia de la incapacidad y la enfermedad. En este caso, la edad de 75 años (e incluso la de 80 años) parecería más apropiada, ya que es a partir de esa fecha cuando la incapacidad y la enfermedad se correlacionan de modo más claro con la edad cronológica. Este hecho ha llevado actualmente a la difusión del término "los viejos más viejos", en contraposición a "los viejos jóvenes", o de la expre-

sión "cuarta edad", en los ámbitos del análisis y la política sociales.

Ambas aproximaciones demuestran la naturaleza social de la definición de la vejez. Hay leyes y regulaciones en algunos países o en algunas profesiones que exigen que una persona se retire una vez cumplida la edad sin tener en cuenta sus deseos o habilidades. En este sentido, la edad promedio de la jubilación es una definición de la vejez socialmente normativa más que neutralmente descriptiva. Describe lo que existe, pero lo que existe es una realidad que es el resultado de la formación de una opinión generalizada respecto de la edad apropiada para retirarse del mercado de trabajo. De modo similar, también debería tomarse con precaución el criterio de los niveles de incapacidad o mala salud para establecer límites dentro de la vejez. Aunque la incidencia de necesidades que surgen de esas causas se eleva drásticamente a partir de los 75 años (Anderson, 1992), es solo una minoría de gente en este grupo de edad la que en cualquier momento tiene tal grado de incapacidad o enfermedad que requiera ayuda. Además pueden hacerse más divisiones como las personas mayores de 80 ó de 90 años, edad en la que pueden identificarse otros factores relacionados con la edad, como la incapacidad, la circunstancia de vivir solo o las *razones* de género derivadas de las tasas diferenciales de mortalidad de hombres y mujeres. Así pues, cualquier intento de delimitar la tercera o la cuarta edad en términos estrictamente cronológicos está plagado de dificultades. Por otro lado, las categorías de

edad mayores de 65 años y mayores de 75 están generalizadas en el mundo industrializado y son empleadas en los estudios gerontológicos comparativos (Hugman, 1994: 5).

De acuerdo con el famoso *dictum* de Thomas: "los hechos que se definen como reales, aunque inicialmente no sean, son reales en sus consecuencias", el hecho de que la vejez sea una construcción social no significa que deje de tener consecuencias reales. Debido a ello, cierto porcentaje de la población mayor en las sociedades industriales se enfrenta a experiencias de pobreza, mala vivienda, aislamiento, olvido, etc. Como han sugerido numerosos estudios, la mayoría de las personas mayores experimentan esas necesidades precisamente por haber cruzado la frontera que las sociedades industriales han establecido para delimitar la tercera edad (Beauvoir, 1977; Fogarty, 1986; Walker, 1981, 1986b, 1993).

### **Principales factores de diferenciación social dentro de la vejez**

En la construcción social de la vejez confluyen diversos factores sociales y percepciones comunes. Pero la tercera edad dista mucho de ser una realidad homogénea. En las complejas sociedades postindustriales esa categoría demográfica incluye más bien a gente muy diversa cuya única característica en común puede reducirse al número de años cumplidos, lo mismo que acontece con las demás categorías formadas en base a al criterio de edad. Diferencias de género, clase social y etnicidad son algunos

de los principales factores sociales que contribuyen a esa diversidad.

La primera característica relevante que es necesario reconocer en relación con la tercera edad es la del género. Los datos demográficos de Eurostat muestran que la mayor esperanza de vida de las mujeres en relación con los hombres es un fenómeno común a todos los países de la Unión Europea (la diferencia varía entre 5.0 y 9.5 años). Como consecuencia de la mayor esperanza de vida de las mujeres y de la mayor edad de los hombres a la hora de contraer matrimonio tenemos el hecho de que la inmensa mayoría de las personas mayores que viven solas, y que cada vez son más, son mujeres

Un segundo elemento de diferenciación es la clase social. Aunque hay ancianos en buena situación económica, la pobreza relativa continúa prevaleciendo entre ellos (Walker, 1990; Victor, 1987; Juvenal, 1988; Laczko, 1990). Las personas mayores no sólo tienen más probabilidades de ser pobres que sus conciudadanos más jóvenes, sino que la pobreza se halla normalmente asociada también con el género y con el aumento de la edad (Széman, 1992).

La observación de que la pobreza y la privación están concentradas en una proporción significativa de gente mayor ha sido un tema recurrente de investigación sobre la vejez en todas las sociedades industriales. De acuerdo con Walker, director del Observatorio Europeo sobre la pobreza, "en años recientes ha ganado terreno en los círculos oficiales, y en algunos círculos académicos, el argumento de

que la pobreza en la vejez ya no es más un problema serio" (Walker, 1993: 284). Informes oficiales y algunos científicos sociales independientes comenzaron a mediados de los ochenta a señalar una mejora relativa en la posición de los mayores en la distribución del ingreso. Este hecho, de acuerdo con Walker, se ha convertido erróneamente en el mito de que la gente mayor ahora es rica, un mito que ha legitimado propuestas políticas de redistribución del ingreso a favor de otros grupos en situación de pobreza y a costa de la gente mayor.

El cambio de apreciación que ha llevado a esa conclusión errónea tiene mucho que ver con una variación en el grupo de referencia para medir la pobreza en la tercera edad. La validez de cualquier evaluación de la pobreza relativa depende del grupo con el que se hace la comparación. Anteriormente el debate sobre la pobreza y los bajos ingresos en la vejez se basaba en una comparación entre los pensionistas y los no pensionistas, concretamente los empleados. Pero a partir de los años ochenta las comparaciones ya no han sido entre los jubilados y los empleados, sino entre los ancianos y otros grupos en situación de pobreza. De este modo, los políticos han preferido concentrar su atención en la posición relativa de los varios grupos de pobres más que considerar la relación entre pobreza y riqueza. La realidad es que la mayoría de los ancianos aún vive dentro de o muy cerca de los márgenes de la pobreza, tanto en términos de la línea oficial de la pobreza como de los estándares medios de vida.

Pero como todos los buenos mitos, el mito de la riqueza en la vejez no deja de tener alguna base en la realidad. Mientras la mayoría de los pensionistas sólo han experimentado un ligero mejoramiento relativo en sus ingresos, para algunos el aumento ha sido substancial. Entre los ancianos se hallan, lo mismo que entre la población activa, diferencias de ingresos basadas en la clase, la edad, el género, la raza y el estatus marital. Por un lado tendríamos a las parejas y a los varones viejos más jóvenes de clase media y, por otro, a las mujeres más viejas y a las familias de clase trabajadora.

Las desigualdades en la vejez son en primer lugar una función del acceso a los recursos en etapas anteriores del ciclo de la vida. Pero la pobreza y desigualdad no dependen solo de los ingresos disponibles para los individuos y las familias. La posición de diferentes grupos de gente mayor en la estructura de clases depende también de su disposición sobre otros recursos como ahorros, intereses del capital, vivienda, beneficios de empleo y servicios sociales. Hay, normalmente, una estrecha asociación entre ingresos y activos, y las diferencias de riqueza entre la gente mayor de distintas clases sociales tienen el efecto de ampliar las desigualdades basadas en los ingresos.

La situación de desigualdad y pobreza de la tercera edad en los países industriales avanzados muestra importantes diferencias, de acuerdo con los resultados de un estudio comparativo realizado por Hedström y Ringen. Globalmente, los países nórdicos con un Estado del Bienestar colectivista

muestran niveles más bajos de desigualdad y pobreza (tanto entre los diferentes grupos de gente mayor como entre éstos y el resto de la sociedad) que los Estados Unidos con su Estado del Bienestar residual y claro predominio del sector privado, ocupando una posición intermedia las economías liberales mixtas como Alemania y Canadá. Inglaterra aparece en la peor situación entre los países estudiados, pues, aunque este país dispone desde hace mucho tiempo de una infraestructura de provisión del Estado del Bienestar para los ancianos, sin embargo no ha conseguido protegerlos de la pobreza con la misma eficacia que otros Estados del Bienestar. Como concluyen los autores de este estudio comparativo, "con la excepción de Inglaterra, el estándar de vida de las familias ancianas no está muy por detrás de la media nacional" (Hedtröm y Ringen, 1987: 238). Esta conclusión es coherente con los datos proporcionados por un informe más reciente del Observatorio de la Unión Europea sobre *Envejecimiento y Gente Mayor*, en el que el Reino Unido aparece junto con Irlanda en la última posición en cuanto a las *ratios* de sustitución de las pensiones (las pensiones como proporción de las ganancias previas) y justo por encima de los estados países del sur de la Unión cuando lo que se comparan son las tasas de pobreza, en contraste con países como Dinamarca, Luxemburgo y Alemania cuyos porcentajes de pobreza entre sus ciudadanos mayores es inferior al 10% (Walker, Guillemand y Alber, 1993).

La constatación empírica de que los ancianos constituyen uno de los gru-

pos más numerosos entre los pobres ha llevado algunas veces a la conclusión de que la vejez es una causa de la pobreza. Pero esta inducción resulta errónea ya que la dependencia económica en la que viven muchos no se explica adecuadamente en términos individuales como "desenganche", "fragilidad" o "aptitudes defectuosas" (Bond et al., 1993; Johnson, 1993). Como ha observado Walker, más que la vejez en sí misma, son las diferentes políticas sociales las que se han combinado para crear, acentuar o mantener la dependencia económica y la pobreza en la vejez. La pobreza en la vejez es principalmente una función del bajo estatus económico y social anterior a la jubilación y, en segundo lugar, del nivel relativamente bajo de los beneficios estatales (Walker, 1993: 296).

En un espacio de tiempo relativamente corto, la vejez ha llegado a ser definida socialmente a partir de la edad de jubilación, la edad a la que, por norma institucional o por costumbre, los trabajadores tienen que abandonar la fuerza de trabajo (Parker, 1980). Este proceso social de exclusión ha estado estrechamente relacionado con la organización de la producción y la demanda de mano de obra. Los mayores han sido, efectivamente, usados como un ejército de reserva de mano de obra barata, para ser explotada cuando hay escasez o despedida cuando resulta innecesaria (Phillipson, 1982; Graebner, 1980; Walker, 1985). Una consecuencia de este proceso social de exclusión de la fuerza de trabajo es que los ancianos son económicamente muy dependientes del Estado. Los ancianos se hallan, en efecto, atrapados

con frecuencia en la pobreza por su dependencia de unas pensiones del Estado que muchas veces resultan insuficientes. Los sistemas de seguridad social inspirados en el modelo de Beveridge constituyen también uno de los principales mecanismos a través de los cuales la dependencia de las mujeres respecto a los hombres se refuerza después de la jubilación (véase Walker, 1993: 298-300).

La tercera edad no sólo está dividida por género y clase social, los intensos flujos migratorios hacia los países industrializados desde mediados del siglo XX han contribuido a distinciones raciales y étnicas que también es necesario tener en cuenta. Los ancianos de las minorías étnicas tienen más probabilidades de haber experimentado otras formas de discriminación además de las de género y clase social. Para ellos la vejez puede representar un aspecto más de una marginación social múltiple en el país que, una vez rotas todas las esperanzas del retorno, ha terminado siendo su patria (Norman, 1985).

También pueden identificarse otros factores de diversidad en la estructura social de la tercera edad. La incapacidad, por ejemplo, es un asunto importante para algunos ancianos, pero no para todos. Hasta muy recientemente la sexualidad, en particular la sexualidad activa, tanto heterosexual como homosexual pero especialmente la última, había sido un tema olvidado en relación con el envejecimiento (Jerrome, 1990). Además también hay diversidades religiosas, diferencias psicológicas y variaciones biológicas en la tercera edad que son un re-

flejo de las distinciones sociales más amplias que pueden verse en cada grupo de edad (Hugman, 1994: 8-9).

### **Continuidades y cambios en las imágenes de la vejez**

La evolución de las imágenes de la vejez y el significado de ser viejo en la sociedad postindustrial o postmoderna constituyen dos temas de investigación y de debate muy interesantes en la sociología de la vejez (véase Featherstone y Wernick, 1995; Gannon, 1999). La construcción social del envejecimiento y de la vejez no se produce en un vacío social sino dentro de un contexto histórico, económico, político y social.

### **Semiótica del cuerpo y e imágenes de la vejez**

Nuestra supervivencia depende de nuestra capacidad para comunicarnos simbólicamente. Hablar de los seres humanos como seres que producen símbolos o conocimientos supone, por consiguiente, enfatizar su disposición natural a aprender, producir signos y señales, y desarrollar un lenguaje para comunicarse entre sí (Elias, 1987).

Aunque el lenguaje constituye el principal sistema de símbolos significantes en la sociedad humana, no podemos olvidar el importante papel del cuerpo en la comunicación simbólica, puesto que en la mayoría de las formas de comunicación oral la copresencia de otro que habla o escucha nos ayuda a clarificar el significado de la palabra mediante la ob-

servación de las señales corporales y las expresiones faciales. Las imágenes, tanto verbales como no verbales, son un tipo particular de medio simbólico que empleamos en la comunicación interpersonal.

Las imágenes de envejecimiento que circulan en una sociedad normalmente se inspiran en las muchas representaciones del cuerpo que se encuentran en los medios de comunicación y son interpretadas de acuerdo con los esquemas lingüísticos y los sistemas clasificatorios que operan en un contexto cultural concreto. Con frecuencia las imágenes son construidas en series de polaridades (blanco y negro; vicio y virtud; cielo e infierno; Dios y el diablo, etc.). En nuestra cultura las imágenes corporales de juventud están positivamente cargadas con connotaciones de belleza, energía, gracia, fortaleza moral y optimismo, mientras que las imágenes de vejez tienen connotaciones negativas de fealdad, inactividad, degeneración y fracaso moral. Estas polaridades simbólicas nunca son definitivas y fijas, sino que cambian históricamente en la medida en que los grupos luchan por definir y reconstruir imágenes adecuadas a su propósitos y ventajas (Nederveen, 1992; Featherstone y Wernick, 1995).

### **Estereotipos de la vejez**

La apariencia física juega un rol fundamental en la construcción social de las categorías de edad (Hatfield y Sprecher, 1986). Muchas de las imágenes que empleamos para describir a los ancianos son estereotipos negativos que resultan perjudiciales para

nuestra relación con ellos, representan una forma de estigmatización simbólica que está presente en la vida cotidiana, dando así un significado negativo a la experiencia de envejecer (Coupland *et al.*, 1991; Coupland y Nussbaum, 1993). El poder estigmatizante de los estereotipos negativos del envejecimiento está claramente enraizado en la naturaleza esencialmente simbólica de la vida social. Aunque los patrones generales de cambio físico compartidos por todos los miembros de la especie humana son con frecuencia plenamente visibles, los modos específicos de envejecer los individuos y los miembros de grupos sociales concretos están determinados por su situación social y otros muchos factores. Esta es una de las razones por las que el estudio del envejecimiento ha de ser una tarea interdisciplinaria (Gilmore *et al.*, 1981; Cannon, 1999).

Los estereotipos sobre la vejez simplifican algo que es complejo y con frecuencia confuso, tanto para los estudiosos del envejecimiento como para los actores sociales en la interacción cotidiana. El principal problema es que no hacen plena justicia a cualquier individuo concreto que sea etiquetado como anciano o viejo por su apariencia y/o su conducta observable.

La tensión permanente entre las categorías sociales basadas en generalizaciones sobre el envejecimiento y la experiencia real de envejecer en su diversidad es una preocupación constante, y cada vez más, de quienes trabajan con ancianos. En reconocimiento de esa tensión algunos escritores consideran conveniente describir el pro-

ceso de envejecimiento como una careta o disfraz que oculta la auténtica personalidad humana que está debajo (Puner, 1978; Cannon, 1999).

La trágica creencia de que la juventud se desvanece y la belleza es fugaz (expresada de modo inenarrable en numerosas obras de arte como la *Madonna de los palafreneros* de Caravaggio, algunos de los caprichos de Goya o la colección de fotografías de desnudos de mujeres y hombres ancianos de James Cotier, aunque en este último caso el artista, a diferencia de los citados pintores, parece querer reivindicar la particular belleza y atractivo del cuerpo envejecido, el cual sólo ocasionalmente, como en el caso de Rembrand, evoca dignidad y nobleza) no es un simple reflejo de la inevitable realidad del proceso de envejecimiento, sino que está enraizada en una ecuación simbólica entre juventud, belleza y bondad tan característica de la cultura occidental.

A lo largo del tiempo los signos externos y visibles del envejecimiento sobre el rostro y el cuerpo han adquirido un significado esencialmente ambivalente. Por un lado, el envejecimiento en la cultura occidental, profundamente enraizada en los ideales judeo-cristianos, nunca ha sido totalmente devaluado. Por otro lado, hay muchos indicios de que los procesos de envejecimiento, tal vez con la excepción de algunos ancianos selectivamente venerados, se han considerado generalmente en la práctica cotidiana como una experiencia desagradable y mal recibida. Aunque dentro de esta tónica general parecen existir diferencias de género. Las imá-

genes de los hombres viejos en el arte occidental tienden a ser más positivas que las de las mujeres viejas (Covey, 1991), en consonancia con lo que Sontag (1978) denominó "el doble estándar de envejecimiento".

El proceso de envejecimiento es representado frecuentemente como una máscara. De este modo se quiere expresar la distancia que muchos descubren entre la experiencia personal del envejecimiento y el estereotipo de la vejez (Featherstone y Hepworth, 1989). La imagen de un disfraz que es involuntariamente asumido en la medida en que envejecemos nos lleva al corazón de la construcción social del envejecimiento, que implica un equilibrio tenso de poder entre el individuo y la sociedad. Pero describir el proceso de envejecimiento como una máscara que oculta al *self* imperecedero y más juvenil no es exactamente lo mismo que decir que la gente intenta ocultar su edad. El ideal en el tratamiento contemporáneo de los más ancianos es identificar o redescubrir la persona individual que se percibe como parcial o totalmente oculta debajo de la capa del cambio físico producida por el enemigo más moderno de la raza humana, el tiempo cronológico (Featherstone y Hepworth, 1993: 312-313).

Las imágenes públicas y privadas del envejecimiento tienen un patético lugar de encuentro en el terror de la senilidad. En la imaginería prevaleciente, la vejez entendida como senilidad no es tanto una máscara o disfraz como una "jaula de hierro". El *self* llega a sentirse atrapado en un cuerpo que ya no puede expresar físicamente su verdadera identidad. La per-

sona senil ha perdido su capacidad de autocontrol, de manejar las impresiones de los demás en su presentación en la vida cotidiana, de expresar la propia identidad (Goffman, 1971).

Esta temerosa imagen de senilidad como el resultado final del proceso de envejecimiento refleja un terror a cualquier declive progresivo en la habilidad para controlar el cuerpo a través del cual expresamos nuestra relación de interdependencia con los demás. La obligación social de ocultar las fragilidades asociadas con el envejecimiento sugiere que la senilidad es ella misma una construcción social. Cualesquiera planes sociales que minen la habilidad para expresar un *self* independiente lleva a la persona concierne progresivamente más cerca de la imagen pública de "senil".

Las imágenes de la vejez no tienen una forma o significado fijos, sino que cambian a lo largo del tiempo y a través de las culturas. Algunos investigadores sociales han puesto de manifiesto la contribución de los inmigrantes de diferentes *backgrounds* étnicos al enriquecimiento gradual de esas imágenes en las sociedades postindustriales y multiculturales. La identidad étnica, el sentimiento de pertenecer a una tradición cultural particular, puede funcionar como un recurso protector cuando los individuos envejecen y contribuir a envejecimiento no traumático (Blakemore, 1993; Featherstone y Hepworth, 1993).

### **Imágenes tradicionales de la vejez**

La imagen romántica de la vejez en un tiempo pasado en el que los viejos

eran venerados por sus habilidades y sabiduría parece que no tiene mucho fundamento histórico. El que nunca existió tal época dorada del envejecimiento parece una opinión generalmente compartida en la actualidad por los historiadores. Con la disminución de los recursos de la fuerza física, del dinero y de la influencia social el proceso de envejecimiento dejaba a muchos de los pocos que llegaban a viejos totalmente dependientes de la buena voluntad y caridad de la familia o de los vecinos. A pesar de las imágenes de ancianos autoritarios y respetados, la estigmatización de la vejez era en la práctica un rasgo familiar de la vida cotidiana en algunas sociedades preindustriales (Thomas, 1976: 245-246). Las imágenes de un envejecimiento dorado que nos ofrece Cicerón en su obra *De Senectute* se inspiran, de acuerdo con el análisis de Haynes (1963), en las vidas de gente excepcionalmente privilegiada. Los cambios faciales y corporales que dan una apariencia envejecida nunca han sido venerados en sí mismos. La principal fuente de reverencia de la gente mayor en algunas sociedades preindustriales parece haber sido la riqueza y el dinero (MacFarlane, 1986).

Antes de la "modernización del ciclo de la vida" (Gruman, 1978) se consideraba viejos a quienes llegan a ser dependientes y carentes de poder, prescindiendo de su edad cronológica. El trabajador lleno de achaques o la mujer desgastada por sucesivos embarazos podían presentar los rasgos de lo que hoy se considera como envejecimiento prematuro y ser considerados como viejos a los cuarenta años (Shor-

ter, 1983). Detrás de la falta de estima por la gente vieja, frágil y dependiente, que son los rasgos más destacados de las imágenes de la vejez que han documentado los historiadores, puede detectarse una ambivalencia hacia el envejecimiento y la muerte. La muerte en la sociedad preindustrial estaba mucho más presente en la vida cotidiana y resultaba mucho más familiar que en la sociedad moderna, donde no sólo ha aumentado espectacularmente la esperanza de vida al nacer, sino que hay una tendencia hacia su hospitalización y ocultación de la mirada pública (Ariès, 1981; Elias, 1985). Al mismo tiempo, la gente con los conocimientos y los recursos necesarios siempre ha luchado para evitar un fin prematuro. Esta tendencia se hizo particularmente evidente en el siglo dieciocho cuando comenzó a crecer la confianza en la ciencia médica como fuente de "defensa contra la muerte" (McManners, 1985). Pero la creciente preocupación por la salud y la prolongación de la vida a partir del siglo XVIII parecen reflejar un cambio hacia una visión más juvenil de la vida y no hacia una visión más optimista de la vejez (Gruman, 1978).

Dentro del estereotipo ampliamente negativo del envejecimiento podemos encontrar diferentes evaluaciones morales del proceso de envejecimiento. En su análisis de los cuentos, canciones y juegos infantiles de la Inglaterra del siglo XIX, Tamke (1978) describe tres modelos predominantes de la vejez: el "buen viejo", el "mal viejo" y aquellos que están simplemente "pasados". Estas imágenes tienen profundas raíces históricas y demues-

tran valores y creencias sobre el envejecimiento que también se hallan en la literatura adulta del período y que a su vez tienen estrechos lazos con el pasado. Existe una larga historia de distinción entre "viejos honorables" que retienen sus facultades a través de la riqueza y el esfuerzo moral y los "viejos despreciables que pierden las suyas mediante la pobreza y la debilidad moral" (Williams, 1986: 4).

Estas imágenes tradicionales pueden ayudarnos mucho a comprender mejor el envejecimiento en nuestra sociedad actual por tres razones. Primero, nos muestran cómo las imágenes y estereotipos de la vejez contienen prescripciones para lo que nosotros hoy llamamos una vejez "exitosa" en contraposición a una vejez "traumática". Segundo, nos proporcionan alguna idea de la brecha que puede existir entre la experiencia privada y personal de envejecer, por un lado, y las imágenes públicas de la vejez, por otro. Esta brecha nos permite considerar la vejez como una máscara o disfraz que oculta el *self* real o imperecedero. Tercero, una comparación de las imágenes del pasado con las de nuestro tiempo nos da una idea más clara de la flexibilidad de las imágenes del envejecimiento; esto es, nos permite ver que aunque las imágenes con las que estamos más familiarizados se hallan enraizadas en nuestra historia, también están sujetas al cambio y pueden sin duda moldearse y reconstituirse en el intento de cambiar las actitudes hacia el envejecimiento y la vejez en la sociedad contemporánea (Featherstone y Hepworth, 1993; Featherstone y Wernick, 1995).

### **Imágenes modernas de la vejez**

Desde finales del siglo XIX se han hecho esfuerzos más sofisticados para definir las diferentes etapas del proceso de envejecimiento (Haber, 1983) y categorizar a los hombres y mujeres mayores sobre una base administrativa (Cain, 1974; Graebner, 1980). Al mismo tiempo se ha desarrollado una conciencia más clara del estigma del envejecimiento y de las "discriminaciones por razón de edad" (Phillipson, 1982; Itzin, 1986). Tomados en conjunto, estos dos desarrollos, productos de la modernización, han contribuido a crear una nueva conciencia de las edades que configuran el ciclo de la vida (Featherstone y Hepworth, 1994: 322-323).

Los valores de la modernidad que resultan especialmente relevantes para nuestra comprensión de los cambios en la imaginería del envejecimiento son aquellos que se derivan de una apreciación cada vez mayor de la contribución de la energía y vigor juvenil a los procesos de cambio social inducidos por la industrialización y la innovación tecnológica, y que hacen superfluos los conocimientos y habilidades de los ancianos. Como consecuencia, la gente mayor resulta devaluada e irrelevante para el proceso productivo (Dowd, 1980). A la creciente conciencia de la edad también han contribuido las actividades de una serie de expertos como los médicos, psicólogos, economistas, consultores de gestión, administradores sociales y otros, quienes a lo largo de los años, en el clima de rápido cambio industrial y técnico, han producido gradualmen-

te un cambio en la imaginería del envejecimiento, que se ha filtrado a toda la sociedad. Se trata de un proceso gradual que implica una reconstrucción social de las imágenes tradicionales del envejecimiento para adecuarlas a las exigencias de un mundo más sofisticado. La ruptura con el pasado nunca ha sido completa y la modernización del envejecimiento ofrece interesantes variantes a través del mundo occidental (Achenbaum, 1978).

Otro fenómeno social que ha contribuido mucho al cambio en la imagen de la vejez fue la rápida expansión de una cultura de consumo de masas inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial (Achenbaum, 1978b). Aunque las imágenes del envejecimiento con las que estamos ahora mucho más familiarizados comenzaron a aparecer en libros médicos y otros libros de consejos sobre cómo envejecer con dignidad desde mediados del siglo XIX en Inglaterra y en otras partes (Featherstone y Hepworth, 1985), fue realmente durante los años de entre-guerra cuando la influencia de la cultura del consumidor comenzó por primera vez a hacerse sentir y la idea de la jubilación como una etapa apropiada de la vida para los trabajadores envejecidos prendió en la imaginación pública (Phillipson, 1982).

De ese modo se incorporó un nuevo elemento a la creencia tradicional según la cual en la medida en que envejecemos nos hacemos más inútiles y, por consiguiente, hemos de "desengancharnos" gradualmente de la vida activa. Una diferencia importante entre las imágenes tradicionales y las imágenes modernas de la vejez como

una edad inútil es que en la sociedad preindustrial el dejar de ser útil o activo era una consecuencia de la incapacidad para trabajar, mientras que en la sociedad industrial esta situación está determinada por una decisión burocrática basada en estereotipos modernos del envejecimiento que tienen poco que ver con la capacidad real de muchos individuos para desarrollar una actividad productiva (Caín, 1974). Tales rasgos burocráticos de la política social, vinculados al surgimiento de la medicina "geriátrica" y de la gerontología durante el siglo XX (1983; Haber, 1983), han jugado un papel importante en el desarrollo de la conciencia de edad que es evidente en todos los "escenarios" del "curso" de la vida cotidiana contemporánea (Cohen, 1987).

La génesis de las imágenes modernas de la vejez es, pues, algo más complejo de lo que suponía la teoría de la modernización, formulada del modo más claro por Cowgill y Holmes (1972). Siguiendo un método comparativo, estos autores concluyeron que hay factores universales, comunes a las diferentes culturas, en la construcción de la vejez, y también factores de diferenciación entre las distintas sociedades. Según ellos, a medida que las sociedades se industrializan, urbanizan y hacen más complejas, aumenta el número de personas mayores y se produce un declive correlativo en el estatus y prestigio de los ancianos. Los dos supuestos principales que subyacen al concepto de modernización, el evolucionismo y la primacía de lo cultural, han sido cuestionados tanto empírica como teóri-

camente. Se ha criticado ampliamente su evolucionismo lineal y etnocéntrico en el que modernización y occidentalización se emplean como sinónimos (Asad, 1973). La otra premisa de la teoría de la modernización, la de la primacía de los factores culturales, también ha sido matizada o criticada. Por ejemplo, Guillemard (1983), en su estudio sobre las imágenes contemporáneas y los estilos de vida de los ancianos en Francia, ha demostrado la importancia que han tenido en su configuración los factores económicos y políticos.

En síntesis, y de acuerdo con Featherstone y Hepworth (1993), hay una serie de cambios culturales y socioeconómicos que hicieron posible el surgimiento de las actuales imágenes del envejecimiento, entre los que cabe destacar los siguientes: a) los avances en la ciencia médica, que nos han hecho más conscientes de nuestros cuerpos, de los efectos del paso del tiempo y de la relación entre el estado interno de nuestros cuerpos y nuestra apariencia externa; b) el aumento espectacular de la esperanza de vida, que hace hoy mucho más probable que muramos de enfermedades asociadas con la vejez, lo que ha conducido a un aumento de la demanda de tratamientos médicos para las enfermedades de la edad y a un entusiasmo popular por técnicas de prolongación de la vida activa y de rejuvenecimiento; c) el impacto del consumismo como un método de promover bienes producidos en masa, por su capacidad para realzar el propio "estilo de vida", lo que tiene importantes implicaciones para la construcción so-

cial de la edad porque estas técnicas de promoción confían mucho en una imagen del consumidor como una persona con energía juvenil para continuar consumiendo; d) la expansión de los *mass media* que reproducen, estereotipan y divulgan imágenes con mayor rapidez y a una audiencia más amplia que nunca antes; e) la influencia del feminismo y del movimiento de mujeres, especialmente desde los años sesenta, que está cambiando las actitudes hacia la masculinidad, la femineidad y la conciencia del cuerpo; y f) el multiculturalismo de las complejas sociedades contemporáneas, con su diversidad de identidades étnicas, cada una de las cuales tiene su propia variedad de imágenes del envejecimiento y aporta una variedad de recursos étnicos culturales para desafiar el estereotipo occidental dominante de la vejez como retirada y declive inevitable.

### ***Perspectivas sociológicas sobre la vejez***

La teoría sociológica nos ofrece una pluralidad de paradigmas que han servido de marco de referencia para formular diversas teorías específicas de alcance medio sobre la vejez en general o sobre algún aspecto más concreto de ésta. Esta pluralidad de enfoques ha inspirado y sigue orientando las investigaciones sociológicamente más fecundas sobre este tema. En este apartado haremos una breve presentación de algunas de esas teorías que, a pesar de sus limitaciones, han contribuido a clarificar

algunos de los procesos más importantes en la construcción social de la vejez.

### **El funcionalismo estructural**

El paradigma funcionalista estructural ha inspirado numerosos estudios sobre la vejez. En ellos, siguiendo la inclinación de este enfoque a centrarse en el consenso, se sugiere, en contraste con los análisis de la economía política que veremos más adelante, que la edad actúa como un nivelador de las diferencias de clase y estatus entre los ancianos. Inspirándose en el funcionalismo estructural se han desarrollado dos teorías específicas sobre el envejecimiento: la teoría del *desenganche*, que enfatiza el retiro paulatino de la gente mayor de ciertos roles para que la sociedad pueda continuar funcionando, y la *teoría de la actividad*, que enfatiza más bien la necesidad de mantener activa a la gente mayor en orden a integrarla en la sociedad para que ésta pueda funcionar adecuadamente.

### **Teoría del desenganche**

La teoría del desenganche fue expuesta por vez primera por Cumming y Henry en su obra conjunta *Growing Old*, en la que sostienen que "El desenganche es un proceso inevitable en el que muchas de las relaciones entre una persona y otros miembros de la sociedad resultan difíciles y la calidad de aquéllas que permanecen es alterada" (Cumming y Henry, 1961: 211). A medida que los individuos envejecen, ellos y la sociedad se preparan anticipadamente para la última retira-

da, causada por enfermedades incapacitantes o la muerte. La teoría establece que el proceso de "desenganche" progresivo es el método por el que la sociedad prepara a sus miembros para que la llegada de lo inevitable no perturbe el funcionamiento ordenado de la sociedad. Dentro de ese proceso se asigna un papel muy importante a la jubilación, interpretada como un mecanismo para facilitar la retirada del individuo de la vida social. De este modo la teoría del desenganche modificó la hipótesis de la teoría del rol según la cual la pérdida de un rol primario, como el trabajo, priva al individuo de estatus e identidad, aunque siguió sosteniendo que el retiro no resulta problemático para la mujer ya que el trabajo asalariado no desempeña un rol tan importante en la configuración de la identidad femenina. Este último supuesto fue desmentido en una encuesta realizada por Parker en el Reino Unido, según la cual el 35 por ciento de las mujeres trabajadoras próximas a retirarse mostraron temor a encontrarse con dificultades, especialmente económicas, después de la jubilación, frente al 25 por ciento de los hombres en situación similar (Parker, 1982).

Esta teoría ha suscitado tres tipos de críticas. Primero, el supuesto implícito en la teoría de que el desenganche es deseable puede llevar a una política de indiferencia hacia los problemas de la gente mayor (Shanas et al, 1968). Segundo, el desenganche no es inevitable y la falta de compromiso en la vejez refleja más bien el patrón de interacción social que algunas personas han seguido durante toda la

vida. Tercero, los datos presentados en *Growing Old* han sido incorrectamente interpretados, ya que son más bien los valores culturales y la estructura económica los que al combinarse de un modo concreto crean una situación que favorece el retraimiento social de una gran proporción de la gente mayor (Rose, 1965; Rodríguez Ibáñez, 1979).

El concepto de "desenganche" fue empleado por E. P. Shanas, P. Townsend *et al.* (1968) en un trabajo de investigación que puede considerarse como el estudio sociológico comparativo de la vejez clásico, con el objetivo de aclarar el modo en que las diferencias culturales y estructurales afectan a las condiciones de vida y al comportamiento de la gente mayor. Estos autores llegaron a la conclusión de que no existe un rasgo funcional de la vejez como un rol social, sino la actuación de fuerzas sociales que mantienen a algunas personas mayores integradas mientras que marginalizan a otras y estigmatizan a "la vejez" como fenómeno social. Al mismo tiempo que alcanzaban esta conclusión, también señalaban que había diferencias entre los tres países estudiados (Dinamarca, Inglaterra y Estados Unidos), lo que sugiere que las estructuras económicas, políticas y sociales tienen un impacto en la construcción y experiencia de la tercera edad. En otro estudio realizado en Francia, Guillemard (1983) sugería que la retirada social era un modo típico de respuesta de los jubilados de clase trabajadora relacionado con su posición de explotados, la cual los dotaba de pocos recursos para consumir y convertir el tiempo li-

bre del período de jubilación en un ocio significativo.

### **Teoría de la actividad**

Esta teoría, aunque se encuadra dentro del mismo paradigma funcionalista que la teoría de desenganche, adopta una perspectiva diferente al explicar el proceso de envejecimiento. Havighurst (1963), uno de sus primeros defensores, argumentaba que para conseguir un envejecimiento sin traumas es necesario seguir manteniendo en la vejez los patrones de actividad y los valores típicos de la edad madura. La felicidad en la vejez se consigue, según él, negando de alguna manera la llegada de la vejez, conservando la actividad y los valores de la fase anterior del ciclo de la vida, o reemplazándolos por otros nuevos cuando resulta imposible conservar aquellos, para mantener así la satisfacción de vivir.

Aunque hay muchos datos que sugieren que el nivel de actividad desarrollado a lo largo de la vida tiende a persistir en la vejez (Riley *et al.*, 1968), la teoría de la actividad ha sido criticada sobre todo de idealista. No parece muy real esperar que la gran mayoría de ancianos puedan mantener un nivel de actividad similar al que tenían en la edad madura, aunque sólo sea por las limitaciones que imponen los cambios biológicos. Pero las limitaciones biológicas no son las únicas, y muchas veces tampoco las más importantes; la teoría de la actividad resulta también un tanto idealista al no tener suficientemente en cuenta que las estructuras económicas, políticas

y sociales impiden al trabajador viejo mantener una de las actividades más importantes de la edad madura, concretamente el empleo "productivo" (Bond, Briggs y Coleman, 1993; Rodríguez Ibáñez, 1979).

La perspectiva funcionalista estructural también ha sido empleada de modo más limitado para explicar problemas más específicos como la demencia en la tercera edad. Aunque son individuos concretos los que están mentalmente enfermos, algunos sociólogos, siguiendo el método empleado por Durkheim en su clásico estudio sobre el suicidio, buscan las causas no en éstos sino en aspectos concretos de la estructura social en la que viven. Una aproximación de este tipo fue defendida por Hollingshead y Redlikch (1958), quienes intentaron mostrar que la incidencia y tipo de enfermedad mental variaba en función de la posición en la estructura social de clase. Este tipo de análisis también ha sido muy usado por los epidemiólogos sociales interesados en la preponderancia de la demencia y otras enfermedades psiquiátricas entre la gente mayor (Bond, 1987).

### ***El enfoque de la economía política***

Se entiende por economía política el estudio de la interrelación entre estructura política, estructura económica y estructura social o, más específicamente, entre las organizaciones gubernamentales, el mercado de trabajo, las clases sociales y los grupos de estatus. El foco central de esta perspectiva se halla en la interacción entre las estructura socioeconómica y

política y el modo en que ambas afectan la distribución de recursos y bienes sociales (Pratt, 1976).

La aproximación teórica de la economía política fue aplicada a la gerontología social por algunos sociólogos que interpretan la vejez como una construcción social en términos de su dimensión tanto material como ideológica (Guillemard, 1981, 1983; Walker, 1981; Phillipson, 1982; Fennell *et al.*, 1988). Estos autores recurren explícitamente a una comprensión materialista de las estructuras y relaciones sociales para enfatizar que actualmente la tercera edad no puede entenderse aisladamente del conjunto de los procesos y estructuras que configuran la sociedad industrial (Bond, 1986). Los posibles modos de experimentar la vejez son creados y sostenidos dentro de la esfera social del capitalismo industrial, en el que las relaciones económicas desempeñan un papel fundamental (Esping-Andersen, 1990). En este contexto, la jubilación del empleo asalariado constituye una línea muy clara para marcar la frontera que separa a la tercera edad (Phillipson, 1982, 1990).

Esta perspectiva también proporciona una base analítica muy clara para examinar las divisiones sociales dentro del grupo definido como gente mayor. Los temas identificados como más relevantes han sido los de clase y género (Walker, Phillipson, 1982; Guillemard, 1983), a los que más recientemente se han añadido las divisiones raciales, étnicas y culturales, lo mismo que los patrones de consumo diferenciales de los diversos grupos de ancianos (Bornat *et al.*, 1985; Fea-

therstone y Hepworth, 1989; Fennell *et al.*, 1988). Estas dimensiones adicionales representan un refinamiento de la aproximación de la economía política más que un alejamiento de ella, pues continúa ocupándose del acceso diferencial de los distintos grupos sociales a los *recursos* que proporcionan la base para vivir en la ancianidad, sean estos económicos, políticos, culturales o sociales.

Al centrarse en la construcción social de la vejez a través de la exclusión del trabajo asalariado, este enfoque enfatiza la naturaleza *relativa* del fenómeno de la tercera edad. Pues en la medida en que la frontera entre la edad intermedia y la tercera edad se fija en torno a la retirada del mercado de trabajo, y éste a su vez es el producto de juicios sociopolíticos, la tercera edad se muestra como una categoría socialmente construida, producto de las estructuras sociales del capitalismo avanzado, más que como una aclaración de las capacidades naturales relacionadas con la edad, y sujeta al cambio en relación con las variantes circunstancias económicas y sociales, lo mismo que otros productos. Los debates sobre la edad de retiro están formulados en términos del lugar de la gente mayor en la sociedad, en el contexto de cuestiones específicas sobre el tamaño de la fuerza de trabajo, los costes del retiro y cosas así, y no en abstracto como un intento de hallar la "esencia" de la vejez.

Una de las cuestiones que más ha contribuido a clarificar esta perspectiva es la de la pobreza relativa de muchos ancianos. El enfoque de la economía política tiene como uno de sus

conceptos centrales la idea de dependencia estructural, según la cual el acceso restringido a una amplia variedad de recursos sociales, en especial ingresos, contribuye al desarrollo de un estatus dependiente, que se refleja en el gran porcentaje de ancianos que viven en situación de pobreza (Towsend 1981; Walker, 1980; Walker y Phillipson 1986). El hecho de que los jubilados aparezcan en los niveles más bajos de la distribución del ingreso se debe, como se viene reconociendo desde hace mucho tiempo, a que normalmente no desempeñan un "trabajo productivo". La sociedad, en perjuicio de la vejez, tiende a premiar el trabajo actual y no el trabajo pasado. Las personas mayores son discriminadas por políticas económicas y sociales que benefician a los empleados jóvenes y a los acomodados. La pobreza y el estatus dependiente de los ancianos están, pues, relacionados con los bajos recursos y el acceso que hayan tenido a los recursos a lo largo del ciclo de la vida.

Entre las muchas aportaciones de Phillipson al desarrollo de una sociología de la jubilación se halla la clarificación de esa relación entre el estatus dependiente de muchos jubilados y el acceso limitado que han tenido a los recursos a lo largo de su ciclo de vida. El estatus económico limitado de muchos trabajadores, especialmente de los trabajadores manuales, se agrava con la jubilación. Actualmente, los esquemas de jubilación anticipada están empujando a los trabajadores mayores a empleos menos cualificados y al desempleo. Las desigualdades que experimentan los jubilados son el re-

sultado de unos salarios bajos durante la edad activa, del desempleo, de la incapacidad y, en el caso de las mujeres y las minorías étnicas, también la discriminación sexual y racial. La disminución en el valor real de los ahorros y pensiones significa que los que se hallan en peor situación económica son los viejos más viejos. Pero la jubilación no sólo deteriora la situación económica de los ancianos sino que también restringe el acceso a los recursos sociales al limitarse las relaciones sociales cuando el jubilado se aleja del mundo laboral (Phillipson, 1982, 1993).

Dentro del marco de referencia de la economía política Guillebard reintrodujo una preocupación por la imagen sociopolítica del envejecimiento. En sus análisis sobre la situación de la tercera edad en Francia, esta socióloga señala la sucesión de tres períodos en la última mitad del siglo XX, en el primero se enfatizaba el estándar de vida de los mayores (acceso a los recursos económicos), en el segundo se derivó hacia una preocupación por el modo de vida y la integración social (acceso a los recursos políticos y culturales), y en un tercero y más reciente parece haber cierto retorno a los temas del estándar de vida relacionado con los cambios demográficos dentro de circunstancias económicas específicas (Guillebard, 1983). Argumenta la socióloga gala que una vez garantizados los derechos básicos de los mayores a unos ingresos, el énfasis del debate se desplazó hacia el significado social de la tercera edad emergente como una parte natural del ciclo de la vida. Pero, desde finales de los se-

tenta, la situación económica reintrodujo la vejez como un componente de los conflictos en torno a las crisis industrial y fiscal con el desarrollo de conceptos como "jubilación temprana" o "prejubilación". En este análisis se tiene simultáneamente en cuenta el significado y la realidad del envejecimiento de la población.

El reciente retorno a las cuestiones referentes a los estándares de vida ha ocurrido en un contexto de mayor conciencia general de la vejez como el futuro que nos aguarda a todos (Guillebard, 1983: 94). Las clases medias se han extendido a lo largo del siglo XX acumulando recursos intelectuales y financieros y aspiraciones, mientras que las clases trabajadoras en la última parte del siglo XX han llegado a considerar las respuestas del *welfare* como un derecho. Estos cambios han significado que sólo en unas pocas décadas los modelos culturales de la vejez y las opciones políticas que se relacionen con ellas han cambiado de manera espectacular. Las luchas por mejorar el modo de vida en la tercera edad no se acallan fácilmente por el simple hecho de la llamada crisis del Estado del Bienestar. Las diferencias de clase dentro de la tercera edad hacen difícil que se desarrolle una solidaridad relacionada con la edad como tal. Pero, en cualquier caso, la tercera edad se ha convertido en un terreno políticamente volátil (Bond, 1986). Por esta razón no resulta fácil una alternativa política que defienda la reducción de los niveles de bienestar público, incluida la provisión de esquemas de pensiones públicas (Groves, 1987; Dieck, 1990). Esta conclusión sirve pa-

ra subrayar en qué medida la organización y experiencia de la vejez depende de un contexto económico, político y cultural concreto (Hugman, 1994: 15).

Los gerontólogos críticos han señalado las limitaciones de esta aproximación, concentrada en las desigualdades que se derivan de la pobreza y las desventajas económicas (Dant, 1988). Pero el hecho de que no abarque todas las dimensiones posibles del significado y realidad del envejecimiento de la población no quiere decir que las cuestiones que aborda no sean fundamentales, ni que el modo analítico de abordarlas deje de ser altamente clarificador.

### **La perspectiva del interaccionismo simbólico**

Dentro del amplio marco del interaccionismo simbólico se han desarrollado algunas teorías específicas sobre la vejez, entre las que cabe destacar la teoría del etiquetado y la teoría de la subcultura de la vejez.

#### **Teoría del etiquetado**

... La teoría del etiquetado, conocida también como teoría de la reacción social, fue formulada en torno a los años sesenta del siglo XX para explicar diferentes tipos de "conducta desviada", como la delincuencia, la drogadicción, la enfermedad mental e incluso la vejez. La idea central de este enfoque es que la reacción social ante una conducta etiquetándola de "desviada" puede desencadenar un proceso que, a través de diferentes fases que H. Becker (1971) describió co-

mo etapas de una carrera desviada, puede desembocar en un cambio real de la persona que interioriza y adopta la nueva identidad social, y comienza a actuar en consecuencia, por lo que la profecía termina cumpliéndose a sí misma.

Los interaccionistas no se limitan a la reacción del público, también están interesados por el concepto que los individuos tienen de sí mismos y por el significado que dan a sus propias acciones y a las de aquellos con quienes interactúan. La actuación de los individuos, según este enfoque, depende de la imagen que tengan de sí mismos, construida en gran medida a partir de su interpretación de cómo reaccionan los demás a lo que ellos dicen y hacen. Este modo de concebir la interacción social ha llevado a algunos sociólogos a investigar las consecuencias de etiquetar a algunas personas como delincuentes (Matza, 1981), drogadictas (Becker, 1971), dependientes (Goffman, 1973) o mentalmente enfermas (Sheff, 1974; Skultans, 1979).

El asignar una etiqueta negativa, que designe desviación de la norma, desencadena, según esos autores, un proceso interactivo entre el público y el actor social "señalado" que hace cada vez más difícil el comportamiento "normal" de éste. La nueva identidad social conferida por la etiqueta puede llegar a ser interiorizada por la persona etiquetada, incorporada a su *self*, con la consiguiente adaptación a las nuevas expectativas sociales y la necesidad de encontrar el apoyo de una subcultura desviada en la que uno sea reconocido y apreciado en su nueva identidad. Aunque pueda parecer ex-

cesivo aplicar a la vejez el concepto de desviación, si definimos ésta en sentido amplio como alejamiento de la norma, la vejez aparece frecuentemente como una situación “desviada” en una sociedad que celebra la juventud y aún no se ha acostumbrado ella misma a la revolución demográfica (Laslett, 1989).

Una de las etiquetas adscritas con frecuencia a las personas mayores es la de dependientes. La imagen de los viejos que llegan a ser como niños — dependientes de los adultos sanos— y que pierden facultades mentales es un estereotipo muy difundido en las sociedades industriales. Y portar esta etiqueta es llevar el símbolo de una “desviación”, la de alguien que no goza ya de un lugar en la corriente principal de la sociedad y cuyo comportamiento es “anormal”. Los que comparten este estatus sufren diversas humillaciones y castigos que refuerzan su “desviación”. Ser excluido del reconocimiento social y no tener un rol en las relaciones sociales resulta hiriente y perjudicial, y lo que es quizás más importante, esto conlleva una serie de actitudes, sanciones y prohibiciones que tienen el efecto de deshumanizar al individuo y generar depresión y reducción de la autoestima. Esta discriminación estructural por razón de edad que, como señala Scrutton (1990), tiene consecuencias tan perjudiciales, especialmente para las personas muy ancianas, persiste inalterable a pesar de los crecientes informes de abuso y discriminación (Eastman, 1985).

El hecho de que el estereotipo sea más o menos falso no evita, pues, que

sus efectos sean reales. La existencia de diferencias entre la gente mayor y la de generaciones más jóvenes es bien conocida, pero exagerada. Es la asociación —con frecuencia desinformada o simplemente errónea— entre envejecimiento y declive lo que proporciona un fundamento para el tratamiento estereotipado. Lamentablemente, los mismos ancianos y aquellos que pretenden representar su bienestar contribuyen con frecuencia a tales errores. Expresiones tan corrientes como “es mi edad”, reiterada por la gente mayor, o “¿qué puede esperar a su edad?”, tópico de médicos y personal sanitario en general, sólo contribuyen a la complicidad de la ignorancia contra la verdad en la cuestión del envejecimiento. Incluso las organizaciones que se proponen promover el bienestar de la gente mayor y conocen la evidencia científica propenden a exagerar los rasgos negativos para conseguir fondos o establecer temas políticos (véase Johnson, 1993).

La tendencia a “infantilizar” al anciano dependiente está bien documentada (Hockey y James 1993). Como han mostrado Willcocks et al. (1987) y Miranda (1986), el traslado del anciano del propio hogar a una residencia puede minar rápidamente o remover completamente los apoyos sociales y territoriales que los ancianos utilizan con frecuencia para mantener una identidad independiente. En sus propios hogares es mucho más probable que los ancianos puedan satisfacer la expectativa de una sociedad consciente de la edad de que la gente mayor habría de sentirse obligada a

ocultar debilidades parciales por temor de ser juzgados totalmente incapaces de gestionar la vida cotidiana. El medio institucional, argumenta Bromley (1978), constituye un entorno social donde los efectos del envejecimiento sobre la conducta expresiva de una persona se acentúan y se hacen agudamente más reflexivos. Su debilidad expresiva se hace más evidente y, dado que tal debilidad hace más difícil la interacción, tiene el efecto de enmascarar la identidad de la persona que puede estar luchando para comunicar deseos y sentimientos normales. En este sentido, nos hallamos ante la profecía que se cumple a sí misma (Featherstone y Hepworth (1993: 314).

El hecho de que alguien sea etiquetado como dependiente implica un proceso de definición social. Y, aunque se reconoce que la enfermedad no es culpa suya, también existe una fuerte tendencia a tratar a la gente incapacitada para realizar actividades rutinarias como personalmente responsable de su situación difícil. Esta victimización se expresa con máxima fuerza en los casos en los que puede observarse la incompetencia, pero no las causas. Por ejemplo, la gente con problemas de audición y los que tienen problemas de salud mental reciben, en general, menos comprensión y están sujetos a más control que los que usan sillas de ruedas o los ancianos frágiles (Johnson, 1993: 258).

La dependencia se construye socialmente cuando del fenómeno real de la interdependencia, uno de los componentes integrales de la ciudadanía, aislamos una subserie especial de es-

ta interdependencia y la identificamos como dependencia en las sociedades modernas. Disponemos actualmente de suficientes datos empíricos para poder sostener con solidez que la inmensa mayoría de lo que se llama cuidado humanitario es hecho por parientes, amigos y vecinos que en algún momento han recibido algún tipo de ayuda de aquellos que ahora la reciben de ellos, y la mayor ayuda a personas de la tercera edad es prestada por otras personas del mismo grupo de edad (Arber y Ginn, 1992; Blau, 1973). David Wilkin (1990) ha mostrado la complejidad de las situaciones de dependencia y la dificultad de medir la dependencia, y ha señalado que el desamparo y la impotencia no son dimensiones importantes de este fenómeno, argumentando que "el componente clave es la referencia a una relación social". Este autor define la dependencia como "Un estado en el que un individuo depende de algún modo de la asistencia de otro(s) en la satisfacción de *necesidades reconocidas*".

La perspectiva interaccionista también se ha aplicado con frecuencia al estudio de otros problemas concretos de la vejez como la enfermedad de Alzheimer. Los interaccionistas simbólicos tienen interés en estudiar los procesos por los que la gente clasifica a otros como "mentalmente enfermos". Para ellos la enfermedad mental no es algo que está dentro del individuo y que pueda observarse y definirse universalmente, sino más bien un *estatus social* conferido a una individuo por otros miembros de la sociedad. La "enfermedad mental" y el "paciente mental" no son condiciones

absolutas u objetos que existen “ahí fuera”. El hecho concreto de que alguien sea considerado como mentalmente enfermo depende de que otros individuos en el proceso de interacción les definan y traten como si lo fuesen, aunque no lo sean en realidad. Tal modo de actuar puede observarse en consultas y hospitales geriátricos cuando a algunos pacientes viejos, afásicos y sordos, son etiquetados como “dementes” por el personal de enfermería sin haberseles hecho un diagnóstico psiquiátrico formal.

Algunas personas que ocupan roles concretos tienen más poder que otros cuando se trata de etiquetar a la gente como mentalmente enferma. Aunque la mayoría de los adultos podría reconocer a alguien que se hallase en esa situación, son los psiquiatras quienes generalmente son aceptados como expertos para hacerlo. Los psiquiatras tienen un considerable poder para declarar que alguien está enfermo, requiere tratamiento y debería recibir un tipo específico de cuidado institucional. Su poder como agentes estigmatizadores es tal que probablemente los demás acepten acriticamente su dictamen y comiencen a actuar de modo consecuente con la persona etiquetada. Es así cómo los individuos llegan a ser considerados “mentalmente enfermos”, no simplemente por su conducta, sino porque se les ha pegado una etiqueta. Los psiquiatras también pueden decidir sobre la etiqueta que ha de darse para describir la entidad de una enfermedad particular. Por ejemplo, hace algunos años hubo cierto desplazamiento desde la etiqueta “demencia” hacia la eti-

queta “enfermedad de Alzheimer”, cada una de ellas suscita diferentes expectativas y acciones entre los pacientes y los demás actores sociales, aunque la enfermedad real ha permanecido inalterable (Finlinson, 1985).

El carácter contingente de las decisiones de los mismos psiquiatras, en función de sus situaciones sociales personales, a la hora de diferenciar al “enfermo mental” de los miembros “normales” de la sociedad fue demostrado empíricamente en una investigación realizada por Scheff sobre los procedimientos de chequeo psiquiátrico empleados en un estado del medio oeste americano para decidir si debía ponerse en libertad a los pacientes. Scheff (1964) halló que el sentido de la decisión estaba más influenciado por la posición económica, ideológica y política del psiquiatra que hacía el reconocimiento que por atributos reales del paciente. Su estudio mostró que los psiquiatras designados por un tribunal con visiones ideológicas y políticas concretas estaban predispuestos a asumir desde el principio que la persona estaba enferma e interpretaban la conducta e historial del paciente a partir del marco de referencia que lo clasifica de antemano. Según Scheff, sin esa definición previa de lo que es una persona mentalmente enferma, el historial, la conducta y las respuestas a los test son interpretados de modo diferente.

No se puede llevar demasiado lejos la noción de la vejez como desviación, ya que la teoría del etiquetado tiene muchos defectos como para convertirla en una teoría universal. Pero la aplicación de este tipo de análisis a la

vejez sirve para llamar la atención sobre las nefastas consecuencias de tratar a los ancianos no como personas singulares sino mediante etiquetas que ocultan el *self* real que hay tras ellas, deteriorando irreversiblemente su yo social con el riesgo de que ellos mismos interioricen la etiqueta (Martín, 1990; Johnson, 1993: 265).

### **Teoría de la subcultura de la vejez**

El paradigma del interaccionismo simbólico fue adoptado también por Rose para formular su teoría de la subcultura de la vejez (Rose, 1965b). Las subculturas tienden a formarse cuando los miembros de cualquier grupo social que se enfrenta a problemas similares, como los jóvenes o las personas mayores, interactúan entre sí significativamente más de lo que lo hacen con otras personas y tratan de hallar respuestas comunes a esos problemas. El desarrollo de una subcultura de la vejez estaría fomentado por una situación en la que la gente mayor mantiene una afinidad positiva entre sí al tiempo que es excluida en gran medida de las interacciones con otros grupos sociales (Véase Rodríguez Ibáñez, 1979).

En los países industriales avanzados hallamos varios factores que, siguiendo el razonamiento de Rose, pueden contribuir a fomentar cierta afinidad grupal y por consiguiente a desarrollar una subcultura de la vejez. Entre esos factores podemos destacar los siguientes: las jubilaciones anticipadas masivas de las dos últimas décadas, la disminución de contactos familiares relacionada con

los cambios en la estructura de la familia, el desarrollo de "comunidades de jubilados" (Phillipson, 1993) y la rápida extensión de los cuidados de día. En sentido contrario, algunos factores como la solidez de las redes familiares, especialmente en períodos de mala salud e incapacidad, la prolongación de la edad de jubilación y la resistencia consciente a hacerse viejo, además las divisiones estructurales que hacen de la tercera edad un grupo social heterogéneo, pueden inhibir el desarrollo de una subcultura de la vejez. Sin embargo, los cambios en las estructuras de la familia, la falta de oportunidades de empleo para la gente mayor y la conciencia militante de unos intereses comunes de los ancianos, como en el caso de los Panteras Grises en los Estados Unidos, sugieren que la subcultura de la vejez dispone de un amplio espacio para desarrollarse.

### **La aproximación etnometodológica**

La perspectiva etnometodológica, emparentada con la sociología de orientación fenomenológica de Alfred Schutz, ha inspirado en años recientes diversos estudios sobre la vejez, aunque no ha producido teorías específicas. Esta aproximación al mundo social se interesa por los métodos comunes que todos empleamos para hacer comprensibles las rutinas y actividades de la vida cotidiana, permitiéndonos adaptar nuestras acciones al contexto concreto en el que tienen lugar. De acuerdo con los etnometodólogos, la sociedad es recreada constantemente por los actores sociales

mediante el uso de conocimientos, que *damos por supuestos, sobre cómo funciona el mundo y cómo podemos relacionarnos, de modo aceptable, con él. La tarea que se propone la etnometodología es la de estudiar y explicar los métodos que empleamos en la vida cotidiana para reproducir incesantemente el mundo social. Los actores sociales hemos aprendido el modo de hacerlo y los etnometodólogos se esfuerzan por conocer cómo hemos logrado tales métodos. Para ello asignan un papel estratégico al estudio de los supuestos de las conversaciones ordinarias, ya que los encuentros sociales los realizamos en gran parte mediante la conversación.*

Los supuestos de la etnometodología fueron empleados por Gubrium y Lynott en un estudio sobre la enfermedad de Alzheimer. Estos investigadores describen y analizan el modo como los amigos y familiares de los pacientes construyen diversas biografías individuales de éstos (Gubrium, 1986). La biografía del paciente es tratada como una actividad práctica de sus amigos y familiares, como el producto de una actividad biográfica retrospectiva y prospectiva, más que como la presentación de una secuencia de acontecimientos. Al examinar estas biografías, la investigación etnometodológica pone de relieve los procesos sociales que han sido parte de la producción y reproducción de las biografías individuales.

En este tipo de estudios, la enfermedad de Alzheimer en cuanto tal no es el centro del análisis, sino que es empleada como un código para dar pleno significado (cronológica y subs-

tantivamente) a los problemas generales de la vejez relacionados con la edad. Por sí mismo, este código nos dice poco sobre la articulación significativa de los problemas de la vejez; sólo nos informa de un producto terminado, qué tipo de trastornos llegan a hacerse identificables. En los grupos sociales de apoyo Gubrium y Lynott encontraron que el trabajo biográfico realizado por los amigos y familiares de los pacientes revelaba el carácter predominantemente social de la enfermedad, la diversa naturaleza de sus experiencias relatadas y lo mucho que dicho trabajo une a la gente que intenta dar sentido a sus experiencias.

Cualquier intento de definir y describir el envejecimiento y la ancianidad incluirá inevitablemente evaluaciones simbólicas de la apariencia y conducta que intentamos definir. En su análisis sociológico de la enfermedad de Alzheimer, Gubrium (1986) muestra cómo los cambios de conducta asociados con la demencia senil (confusión, mala memoria, lapsus de atención, problemas de habla, etc.) son muy similares a aquellos asociados con el envejecimiento normal. Todo el tema se complica, según Gubrium, por el deseo de ver ciertos síntomas del envejecimiento como el producto de una enfermedad curable. En otras palabras, la investigación de la enfermedad del Alzheimer está motivada por el deseo de disociar totalmente el proceso de envejecimiento de cualquier síntoma de declive físico y cognitivo, y transformar el envejecimiento en un proceso físico totalmente positivo, eliminando lo que previamente se veía como signo de un decaimiento natu-

ral. La transformación de imágenes de decaimiento en imágenes de enfermedad es uno de los cambios simbólicos que se hacen para quitar al envejecimiento del reino de la naturaleza y situarlo en ámbito de la ciencia médica. De este modo, los problemas asociados con la vejez dejan de percibirse como inconvenientes específicos del proceso de envejecimiento y pasan a verse como una consecuencia de enfermedades identificables, lo mismo que ocurre con los inconvenientes causados por otros tipos de enfermedad que aparecen en otros períodos de la vida, que pueden eliminarse en última instancia. La dirección de la investigación en este ámbito refleja, en opinión de Gubrium, el temor predominante al envejecimiento en la sociedad contemporánea.

### **Teoría crítica**

La perspectiva de una ciencia social crítica engloba a varios enfoques sociológicos, postmarxistas, post-estructuralistas y postmodernistas, que convergen en una crítica de la sociedad industrial y postindustrial. La ciencia social crítica supone un serio desafío a la filosofía de la Ilustración y a su idea optimista de progreso, poniendo un jarro de agua fría a la esperanza de mejorar la vida humana en general a través de la ciencia y la tecnología, al sugerir que las sociedades capitalistas oprimen a sus miembros individuales, quienes ignoran que sus vidas están reguladas por tales fuerzas sociales. La crítica de la razón instrumental realizada por estas teorías pone de manifiesto el vínculo entre co-

nocimiento y dominación, el retroceso en la sociedad contemporánea de lo que Weber llamaba la "racionalidad substantiva" y la progresiva "colonización del mundo de la vida", por emplear la famosa expresión de Habermas (1987).

Por lo que se refiere a nuestro tema concreto, la teoría crítica ha sido adoptada, entre otros, por algunos sociólogos y gerontólogos norteamericanos para mostrar cómo el interés de los gerontólogos en la explicación del envejecimiento puede estar unido a una estrategia encubierta de control social por parte del grupo social dominante (Gubrium y Silverman, 1989; Baars, 1991).

De modo similar a lo que hemos observado con los etnometodólogos, los teóricos críticos que abordan el tema de la demencia no lo hacen por ningún interés específico en su estudio, sino con el propósito de usarla como un ejemplo general o una metáfora de los procesos mediante los cuales nuestra sociedad se está haciendo cada vez más represiva. El modo constructorista de aproximarse a la enfermedad mental que adoptan tanto los postmodernistas como los postestructuralistas se parece también al de los interaccionistas simbólicos. Sin embargo, más que explicar la enfermedad en términos de la teoría del etiquetado, que como hemos visto anteriormente requiere una etiqueta "legítima" impuesta por otros que actúan como agentes de control social, los postmodernistas y postestructuralistas arremeten contra la idea de que la enfermedad mental no es nada más que una respuesta a una situación

que *infringe* el simbolismo típico. Para ellos, el hecho de que una persona sea identificada como demente y aislada del resto de la sociedad se debe a que tal persona no logra una representación concreta de la realidad o simplemente no acepta limitarse a ella. La demencia, según esta definición, es una etiqueta negativa que se asigna a quienes rechazan la represión simbólica (Murphy, 1988). La reacción social frente a quienes rechazan este tipo de represión produce etiquetas etigmatizadoras y otras prácticas que cumplen una *función de control social* de las personas que resultan problemáticas para otros. La producción intelectual de Michel Foucault puede resultar muy fecunda para el análisis crítico de esas prácticas.

### **A modo de conclusión**

El recorrido que acabamos de hacer por las diferentes situaciones sociales de la vejez, por el origen y los cambios en las imágenes que la representan, y por algunas de las aproximaciones teóricas al tema que se han hecho desde diferentes paradigmas sociológicos, nos muestra una realidad extraordinariamente compleja, que es al mismo tiempo un hecho social material, un fenómeno demográfico, y una *construcción ideológica*. Aunque el envejecimiento es un proceso que puede observarse también desde una perspectiva biológica y psicológica, la definición de la vejez como una etapa de la vida es una construcción social. Incluso las ideas biológicas y psicológicas sobre el en-

vejecimiento son susceptibles de un análisis sociológico en la medida en que tienen un impacto real sobre las actitudes y comportamientos sociales generales.

Cualquier análisis implica necesariamente un punto de vista teórico, sea implícito o explícito, y la teorización consciente en gerontología es tan necesaria como deseable. La diversidad de aproximaciones sociológicas al fenómeno de la vejez es una consecuencia ineludible y conveniente, dada la coexistencia de paradigmas en la sociología actual. El envejecimiento, como cualquier otro hecho social, puede abordarse desde diferentes registros teóricos, contribuyendo cada uno de ellos a explicar aspectos diferentes de un mismo fenómeno. Mientras no dispongamos de un paradigma sociológico que goce del consenso de toda la comunidad científica, algo que parece muy lejano, si es que llega a darse, las diferentes perspectivas teóricas pueden considerarse complementarias en alguna medida, como demuestran los esfuerzos de la teoría sociológica en el último tramo del siglo veinte por conseguir nuevas síntesis entre los enfoques micro y macro, entre consenso y conflicto, y/o entre estructura y acción. Lo cual no significa que todas las teorías tengan la misma capacidad explicativa. El positivismo sociológico que buscaba en las ciencias de la naturaleza el modelo para el estudio de la sociedad parece definitivamente desbancado por la filosofía contemporánea de la ciencia. Los hechos empíricos no hablan por sí mismos; la explicación del envejecimiento de la población que se

refleja en las estadísticas demográficas necesita presupuestos sobre la experiencia y el significado de la vejez, que no son algo fijo, sino que varían a lo largo del tiempo y entre las diferentes culturas.

El envejecimiento de la población plantea, sin duda, algunos desafíos importantes a los sistemas de protección social, a la estructura de la familia y a las redes de solidaridad, pero considerar el fenómeno como una serie de problemas y no como nuevas oportunidades para la existencia humana puede contribuir a excluir y marginar aún más a quienes por su experiencia de vida pueden contribuir a un enriquecimiento sin precedentes del "mundo de la vida". La racionalidad instrumental que subyace a la sociedad industrial ha conseguido un éxito indudable en la prolongación de la vida humana. Lo que más se necesita ahora es que esa vida adquiera pleno sentido y para ello se requiere que el mundo de la vida adquiera la centralidad y que, usando una famosa expresión de Habermas, no sea colonizado por el sistema que representan el dinero y el poder.

## Referencias bibliográficas

- Achenbaum, W.A. (1978a), "Essay: old age and modernization", en *The Gerontologist*, 18: 307-312.
- Achenbaum, W.A. (1978b), *Old Age in the New Land: The American Experiences Since 1790*. Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press.
- Arber, S. Y Ginn, J. (1992), "Research Note. Class and caring: a forgotten dimension", en *Sociology*, 24, 4: 619-634.
- Ariès, P. (1981), *The Hour of Our Deth*. Harmondsworth: Penguin.
- Baars, J. (1991), "The Challenge of critical gerontology: the problem of social constitution", *Journal of Aging Studies*, 5,3: 219-243.
- Beauvoir, S. (1970), *La vejez*. Buenos Aires: Sudamérica.
- Becker, Howard S. (1971), *Los extraños. Sociología de la desviación*. Buenos Aires: Tiempos Contemporáneos.
- Blakemore, K, y Boneham, M. (1993), *Age, Race and Ethnicity in Britain*. Milton Keynes: Open University Press.
- Blau, Z. (1973), *Old Age in a Changing Society*. Nueva York: Franklin Watts.
- Bond, J. (1986), "Political Economy as a Perspective in the Analysis of Old Age", en Philipson, C. et al., *Dependency and Interdependency in Old Age - Theoretical Perspectives and Policy Alternatives*. Londres: Croom Helm.
- Bond, J. (1987), "Psychiatric illness in later life: a study of prevalence in a Scottish population", en *International Journal of Geriatric Psychiatry*, 2: 39-58-
- Bond, J., Coleman, P. y Peace, S. (eds.) (1990), *Ageing in Society*. Londres. Sage.
- Bond, J. Briggs, R. Y Coleman, P. (1993), "The Study of Ageing", en Bond, J., Coleman, P. y Peace. S. (eds.)
- Bornat, J. et al., (1985), *A Manifesto for Old Age*. Londres: Pluto Books.
- Bromley, D. B. (1978), "Speculations in social and environmental gerontology", en Carver, V. y Liddiard, P. (eds.) , *An Ageing Population: A Reader and Sourcebook*. Sevenoaks: Holder and Soughton/The Open University Press.
- Bulmer, M. (1986), *Neighbours: The Work of Philip Abrams*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Cain, L.D. (1974), "The growing importance of legal age in determining the status of the elderly", *The Gerontologist*, 14: 167-134.
- Cohen, G. (1987), *Social Change and the Life Course*. Londres y Nueva York: Tavistock.
- Coleman, P. Y Bond, J. (eds.) (1990), *Ageing in Society*. Londres: Sage.
- Coupland, N., Coupland, J. y Giles, H. (1991), *Language, Identity and Elderly: Discourse, Identity and Ageing*. Oxford: Blackwell.
- Coupland, N. y Nussbaum, J. F. (1993), *Discourse and Lifespan Identity*. Newbury Park: Sage.
- Cowgil, H.C. y Holmes, L. D. (1972), "Summary and Conclusions: The Theory in Review", en *Ageing and Modernization*. Nueva York: Appleton.
- Covey, H. C. (1991), *Images of Older People in Western Art and Society*. Nueva York: Praeger.

- Cumming, E. y Henry, W.E. (1961), *Growing Old*. Nueva York: Basic Books.
- Dant, T. (1988), "Dependency, and old age: theoretical accounts and practical understandings", *Aging and Society*, 8: 171-188.
- Dieck, M. (1990), "Politics for elderly people in the FDR", en Jamieson, A.(ed), *Contrasting European Policies for the Care of Older People*. Aldershot: Avebury
- Dowd, J.J (1980), *Stratification Among the Aged*. Monterrey, CA.: Brooks/Cole Publishing.
- Eastman, M. (1985), *Old Age Abuse*. Londres: Age Concern.
- Elias, Norbert, (1985), *The Loneliness of the Dying*. Oxford: Basil Blackwell.
- Elias, Norbert, (1987), "On human beings and their emotions: a process sociological essay", *Theory, Culture & Society*, 287-316.
- Esping Andersen, G. (1990), *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- Eurostat (1998), *Portrait Social de L'Europe*. Luxemburgo.
- Eurostat (2000), *Yearbook 2000*. Luxemburgo.
- Feathrestone, M. y Hepworth, M. (1989), "Ageing and old age: reflections on the postmodern lifecourse", en Bytheway, B. et al., *Becoming and Being Old: Sociological Approaches to Later Life*. Londres: Sage.
- Featherstone, M. y Hepeorth, M.(1993), "Images of Aging", en Bond, J. et al., *Aging in Society*. 2ª edic., Londres: Sage, pp. 304-332.
- Featherstone, M. y Wernick, A. (eds.) (1995), *Cultural Representations of Later Life*. Londres: Routledge.
- Fenell, G. et al. (1988), *The Sociology of Old Age*. Milton Keynes: Open Univedrsity Press.
- Finlinson, R. (1985), "Chronic illness and care provision: a study of Alzheimer's disease", en Fogarty, M.P. (1986), *Meeting the Needs of the Elderly*. Dublin: The European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions.
- Focault, M. (1976), *Historia de la locura en la época clásica*. México: F.C.E.
- Focault, M. (1978), *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI.
- Gannong, Linda R. (1999), *Women and Aging*. Londres: Routledge.
- Gathorne-hardy, J. (1987), "The final chapter", en *Observer Review*, (3 de marzo), 21-22.
- Gilmore, A. J. J. et al. (1981), *Aging: a Challenge to Science and Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Goffman, E. (1971), *La presentación dela persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Goffman, E. (1973), *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Groves, D. (1987), "Women and Occupational Pension Provision: Past and Future", en Gregorio, S. di (ed.), *Social Gerontology: New Directions*. Londres: Croom Helm.
- Gruman, G. J.(1978), "Cultural origins of present day "ageism": the modernization on the life cycle", en Spicker, S.F. (ed.), *Ageing and the Elderly: Humanistic Perspectives in Gerontology*. Nueva York: Humanistic Press, pp.359-387.
- Gubrium, J. F. (1986), *Oldtimers and Alzheimer's: The Descriptive Organization of Senility*. Londres: JAI Press Inc.
- Gubrium, J.F. y Silverman, D. (1989), *The Politics of Field Research: Sociolgy Beyond Enlightenment*. Londres: Sage.
- Guillemard, A. M. (1980), *La vieillesse et l'Etat*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Guillemard, A. M. (1990), "Les paradoxes de politiques de la vieillesse", en *Revue Francaise des Affaires Sociales*, 3 (Julio-Septiembre), 127-152.
- Guillemard, A. M. (1992), *Análisis de las políticas de vejez en Europa*. Madrid: INSERSO.
- Guillemard, A. M. (ed.) (1983), *Old Age and the Welfare State*. Londres , Sage.
- Haber, C. (1983), *Beyond Sixty-Five: The Dilemma of Old Age in America'sPast*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Habermas, J. (1987), *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hatfield, E., y Sprecher, S. (1986), *Mirror, Mirror: The Importance of Looks in Everyday Life*. Nueva York: State University of Nedw York.
- Havighurst, R. J. (1963), " Succesful ageing", en Williams, R. H. et al.,(EDS.), *Process of Aging*, Vol. I. Nueva York: Atherton: 299-320.
- Haynes, m. s. (1963), "The supposedly golden age for the aged", en *The Gerontologist* 3: 26-35
- Hockey, J. y James, A. (1993), *Growing Up and Growing Old*. Londres: Sage.
- Hollingshead, A. B. Y Redlich, f. c. (1958), *Social Class and Mental Illnes: A Community Study*. Nueva York: Wiley.
- Hugman, Richard (1994), *Ageing and the care of older people in Europe*. Nueva York: St. Martin Press.
- Jamieson, A. (ed.) (1991) , *Home Care for Older People in Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Jerrone, D. (1990), "Intimate relationships", en Bond, J. y Coleman (eds.), *Ageing in Society*. Londres: Sage.
- Johnson, M., "Ageing as a labelling phenomenon", en Dean, K. (ed.), *Self-care and He-*

- with in Old Age. Londres: Croom Helm., pp. 12-34.
- Johnson, M. (1993), "Dependency and Interdependency" (1993), en BOND, John (ed.), *Ageing in Society*. Londres: Sage, pp. 225-279.
- Johnson, P. Y Falkingham (1992), *Ageing and Economic Welfare*. Londres: Sage.
- Jouvenal, H. de (1988), *Europe's Ageing Population*. Paris: Futuribles.
- Laczko, F. (1990), "New Poverty and the Old Poor", en *Ageing and Society*, 10 (3), 261-277
- Laczko, F. y Phillipson, C. (1991), *Changing Work and Retirement*. Milton Keynes: Open University.
- Laslett, P. (1989), *a Fresh Map of Life: The Emergence of the Third Age*. Londres: Weidenfeld.
- Martin, B. (1990), "The cultural construction of ageing: or how long can the summer wine really last?", en Bury, M. (ED.), *Aspects of ageing*. Londres: Royal Holloway and Bedford New College.
- Matza, David (1981), *El proceso de desviación*. Madrid: Taurus.
- Miranda López, María Jesús (1985), *Aspectos sociológicos del internamiento de ancianos*. Madrid: Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- Myles, J. (1983), "Comparative Public Policies for the Elderly: Frameworks and Resources for Analysis", en Guillemard, A.-M. (ed.), *Old Age and the Welfare State*. Londres: Sage.
- Neverdeen, Pietersen, J. (1992), *Black on White: Images of Africa and Blacks in Western Popular Culture*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Niegel, Parton (1996), *Social Theory, Social Change and Social Work*. Londres: Routledge.
- Norman, A. (1985), *Triple Jeopardy: Growing Old in a Second Homeland*. Londres: Centre for Policy Aging.
- Pacolet, Josef, et al. (1999), *La protection sociale des personnes âgées dépendantes dans le 15 pays de l'UE et en Norvège*. Luxemburgo: Office des publications officielles des Communautés européennes.
- Parker, S. R. (1982), *Work and Retirement*. Londres: George Allen & Unwin..
- Peterson, W.A. (ed.), *Social Bonds in Later Life*. Beverly Hills, CA: 325-347
- Phillipson, C. (1982), *Capitalism and the Construction of Old Age*. Londres: Macmillan.
- Phillipson, C. (1990), "The Sociology of Retirement", en Bond, J. y Coleman, P. (eds), *Ageing in Society*. Londres: Sage, pp. 180-199.
- Phillipson, Chris (1993), "The Sociology of Retirement", en Bond, J.(ed.), *Ageing in Society*. 2ª edic., Londres: Sage.
- Pratt, H. J. (1976), *The Politics of Old Age*. Chicago: Univesity of Chicago Press
- Puner, M. (1978), *To the Good Long Life: What we Know About Growing Old*. Londres: Macmillan/The Open University.
- Riley, M. W. , Johnson, M. y Fonter, A. (1968), *Ageing in Society: An inventory of Research Findings*. Nueva York: Russel & Sage.
- Rodríguez Ibáñez, José Enrique (1979), "Perspectiva sociológica de la vejez", en *Revista Española de Sociología*, 7 , 77-97.
- Rose, A. M. (1965a), "A current theoretical issue in social gerontology", en Rose, A.M. et al., *Older People and their Social Worlds*. Filadelfia: F. A. Davis, pp. 359-366.
- Rose, A. M. (1965b), "The subculture theory of aging: a framework for research in social gerontology", en Rose, A. M. et al., pp. 3-16.
- Rosenmayr, L. Y Köceis, E. (1963), "Propositions for a Sociological Theory of Ageing and the Family", *International Social Science Journal*, XV (3), 410-426..
- Rosenmayr, L., (1983), *Die späte Freiheit*. Berlin: Severin und Siedler.
- Scheff, T. (1974), "The labelling theory of mental illness", en *American Sociological Review*, 39: 444-452.
- Scrutton, S. (1990), "Ageism", en McEWA, E. (ed.), *Age: The Unrecognised Discrimination*. Londres: Age Concern Publications.
- Shanas, E. et al (1968), *Old People in Three Industrial Societies*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Sotang, S. (1978), "The double standard of ageing", en Carver, V. y Liliard, P. (eds.), *An Ageing Population*. Sevenoaks: Open University Press, pp.72-78.
- Széman, Z. (1992), "New Policy for the Old", en Deacon, B. (ed.), *Social Policy, Social Justice and Citizenship in Eastern Europe*. Aldershot: Avebury.
- Tinker, A. (1981), *The Elderly in Modern Society*. Londres: Longman
- Towsend, P. (1981), "The structured dependency of the elderly: creation of social policy in the twentieth century", *Ageing and Society*, 1: 5-28.
- Victor, C.R. (1987), *Old Age in Modern Society*. Londres: Chapman Hall.
- Walker, A. (1980), "The social creation of poverty and dependence in old age", *Journal of Social Policy*, 9: 49-75.
- Walker, A. (1981), "Towards a political economy of old age", en *Ageing and Society*, 1: 73-94.

- Walker, A. (1993), "Poverty and Inequality in Old Age", en Bond, John (ed.), *Ageing in Society*. 2ª edic. Londres: Sage, pp. 280-302.
- Walker, A. y Phillipson, C. (eds.) (1986), *Ageing and Social Policy*. Aldershot: Gower.
- Walker, A., Guillemard, A.-M. y Alber, J. (1993), *Older People in Europe: Social and Economic Policies*. Bruselas: Comunidad Europea.
- Willcocks, D. Et al. (1987), *Private Lives in Public Places: A Research-based Critique of Residential Life in Local Authority Old People's Homes*. Londres: Tavistock.
- Wilking, D. (1990), "Dependency", en PEACE, S. M. (ed.), *Researching Social Gerontology*. Londres: Sage.
- Willcocks, D., Peace, S. Y Kellaher, L. (1987). *Private Lives in Public Places: A Research-based Critique of Residential Life in Local Authority Old People's Homes*. Londres: Tavistock

---

Susana KEHL WIEBEL  
J. Manuel FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

